



BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 12

CBX 107 ANTIGUO TESTAMENTO I

Finkelstein, Israel. “¿Un estado, una nación, un pueblo?”. En *La Biblia desenterrada: una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*, 146-184. Madrid: Siglo XXI, 2005.

6.- ¿UN ESTADO, UNA NACIÓN, UN PUEBLO? (c. 930-720 a. de C.)

El curso de la historia de Israel avanza con una ineluctabilidad casi trágica —según nos informan gravemente los libros de los Reyes— de la unidad al cisma y del cisma a la catástrofe nacional. Tras los gloriosos reinados de David y Salomón, cuando todo Israel era gobernado desde Jerusalén y vivió una época de prosperidad y poder sin precedentes, las tribus de las sierras del norte y Galilea —puestas a las exigencias fiscales de Roboán, hijo de Salomón— se escindieron exasperadas. Lo que vino después fueron doscientos años de división y odio entre hermanos, con los reinos israelitas independientes de Israel, en el norte, y Judá, en el sur, dispuestos a estrangularse mutuamente una y otra vez. Se trata de una crónica de división trágica; y también de violencia e idolatría en el reino del norte, donde, según los relatos bíblicos, se fundaron nuevos centros de culto para competir con el Templo de Jerusalén. Distintas dinastías israelitas, rivales de la casa de David, fueron adueñándose cruentamente del poder una tras otra. Con el tiempo, los del norte pagaron por sus pecados con el castigo definitivo: la destrucción de su Estado y el destierro de las diez tribus septentrionales.

Esta visión ocupa un lugar central en la teología de la Biblia —y en la esperanza bíblica de una reunión final de Judá e Israel bajo el gobierno de la dinastía davídica—. Pero, sencillamente, no es una representación fiel de la realidad histórica. Tal como hemos visto, no hay pruebas arqueológicas convincentes de la existencia histórica de una extensa monarquía unificada que tuviera su centro en Jerusalén y abarcara toda la tierra de Israel. Al contrario, los testimonios revelan una compleja transformación demográfica en las tierras altas, donde sólo lentamente comenzó a formarse una conciencia étnica unificada.

Y en este punto es donde, quizá, nos topamos con la disparidad más inquietante entre los hallazgos arqueológicos y la Biblia. Si no hubo éxodo ni conquista ni monarquía unificada, ¿qué haremos con los deseos bíblicos de unificación? ¿Qué haremos con la larga y difícil relación entre los reinos de Judá e Israel durante casi doscientos años? Hay buenos motivos para suponer que en las tierras altas existieron siempre dos entidades distintas, de las que la meridional era la más pobre, más débil, más rural y menos influyente —hasta que adquirió una preeminencia repentina y espectacular *tras* la caída del reino septentrional de Israel.

En la Biblia, las tribus del norte aparecen retratadas sistemáticamente como fracasadas y pusilánimes, con una notable proclividad hacia el pecado. Lo vemos con especial claridad en el libro de los Jueces, donde cada una de las tribus lucha contra los pueblos idólatras de su entorno. Entre los descendientes de los doce hijos de Jacob, sólo las tribus de Judá y Simeón lograron conquistar todos los enclaves cananeos de la herencia legada por su Dios. En el sur no quedaron, por tanto, cananeos, y tampoco mujeres cananeas con las que casarse y a cuya influencia sucumbir. Las tribus del norte son otro asunto. Benjamín, Manases, Efraín, Zabulón, Aser, Neftalí y Dan no cumplieron con su obligación; no acabaron con los cananeos. Y, en consecuencia, fueron tentadas una y otra vez.

En el texto bíblico no se habla de que las tribus del norte eran más numerosas y ocupaban un extenso territorio; y, desde luego, no es casual que se diga que el primer rey de Israel, Saúl, de la tribu de Benjamín, gobernó sobre los territorios del norte, en las tierras altas. Pero Saúl violó las leyes del culto y fue impulsado al suicidio tras la derrota de sus fuerzas a manos de los filisteos. Dios retiró su bendición del ungido caudillo del norte y, como era de esperar, los ancianos de las tribus norteñas se dirigieron a David, el bandolero, héroe y rey de Judá, y lo proclamaron soberano de todo Israel. Sin embargo, a pesar de ser ricas y fuertes, las tribus del norte aparecen tratadas por David y su hijo Salomón en el retrato que nos ofrece el libro primero de los Reyes poco más que como súbditos coloniales. Las grandes capitales regionales y ciudades almacén de Guézer, Megiddo y Jasor fueron construidas en medio de esas tribus, y las autoridades designadas por Salomón cargaron con impuestos a la gente del norte y la forzaron a trabajar en proyectos de obras públicas. Algunos hombres del norte —como Jeroboán, hijo de Nabat, de la tribu de Efraín— sirvieron en la corte de Jerusalén en puestos de importancia. Pero Judá aparece pintado como la parte más fuerte; y las tribus septentrionales, como súbditos suyos.

Al morir Salomón y acceder al trono su hijo Roboán, los del norte solicitaron una reducción de sus cargas. Pero el arrogante Roboán desatendió el consejo de sus moderados asesores y contestó a los del norte con palabras que ahora son famosas: «Si mi padre os impuso un yugo pesado, yo os aumentaré la carga; que mi padre os castigó con azotes, yo os castigaré con escorpiones» (1 Reyes 12:14). El estandarte de la rebelión se desplegó cuando los del norte cerraron filas al grito de secesión: «Viendo los israelitas que el rey no les hacía caso, le replicaron: "¿Qué nos repartimos nosotros con David? ¡No heredamos juntos con el hijo de Jesé! ¡A tus tiendas, Israel! ¡Ahora, David, a cuidar de tu casa!". Los de Israel se marcharon a casa» (1 Reyes 12:16). Los del norte apedrearon al capataz de las brigadas de trabajo de Roboán y el rey huyó aterrado a resguardarse en Jerusalén.

Entonces, las tribus norteñas se reunieron para proclamar un monarca propio y eligieron a Jeroboán, hijo de Nabat, que había servido en la corte de Salomón. La monarquía unificada de David y Salomón se deshizo. Se crearon dos Estados independientes: Judá,

que fue gobernada por la dinastía davídica desde Jerusalén, con su territorio limitado a la parte meridional de las serranías centrales; e Israel, que controlaba los extensos territorios del norte. La primera capital del reino del norte se estableció en Tirsá, al nordeste de Siquén. Jeroboán, el nuevo rey, decidió establecer templos rivales del de Jerusalén y ordenó modelar dos becerros de oro para instalarlos en santuarios situados en los puntos más lejanos de su reino, Betel, en el extremo sur, y Dan, en el norte.

Así comenzó un periodo turbulento y fatal de la historia bíblica de Israel. Perdida la solidaridad familiar del periodo de los patriarcas, la solidaridad espiritual del éxodo y la unidad política de la monarquía unificada, los israelitas se encontraron ahora partidos en dos.

¿Un plan evolutivo mal interpretado?

Los arqueólogos y los historiadores bíblicos han aceptado por igual el relato del auge y la desintegración de la monarquía unificada tal como se cuenta en la Biblia. La unidad étnica y el carácter distintivo de todo el pueblo de Israel era algo que se daba por supuesto. Y, según la mayoría de los historiadores de la Biblia, la serie histórica se habría desarrollado, más o menos, de la siguiente manera (a excepción, por supuesto, de alguna que otra mitologización bíblica o hipóbole heroica): tanto si había sido por conquista como por infiltración pacífica, los israelitas se habían asentado en las tierras altas en un momento en que éstas se hallaban despobladas. Al principio se organizaron en una suerte de sociedad igualitaria, con héroes militares carismáticos que los salvaban de sus enemigos. Luego, debido sobre todo a la amenaza filisteá, mucho más peligrosa que las demás insidias locales, optaron por una monarquía, crearon un ejército fuerte y se expandieron hasta instaurar un formidable imperio bajo David y Salomón. Era la crónica de la ininterrumpida evolución política de un pueblo unificado, del paso de unas tribus a una organización estatal unitaria, un proceso evolutivo concluido en esencia en tiempos de Salomón, en el siglo X a. de C.

La desintegración de la monarquía unificada se consideró, por tanto, una calamitosa posdata a una historia que ya había recorrido su camino. Al parecer, la arrogante y mal aconsejada tiranía de Jeroboán, hijo de Salomón, fue lo único que destruyó la grandeza expansiva del imperio salomónico. Esta visión de la monarquía unitaria y su derrumbamiento parecía verse confirmada por los hallazgos arqueológicos. Los estudiosos creían que la construcción de las grandes ciudades «salomónicas», con sus puertas y palacios, era la prueba indiscutible de la existencia de una organización estatal plena en el siglo x a. de C. y del férreo dominio de Jerusalén sobre el norte. En la década de 1980, a pesar de que la interpretación del periodo inicial de la historia israelita se había vuelto algo más matizada, se daba por supuesto que la monarquía unificada de David y Salomón —y su

hundimiento súbito—eran datos históricos.

Al detallar la historia posterior de los dos Estados hermanos de Judá e Israel, los estudiosos se atenían al relato bíblico casi al pie de la letra; y según la mayoría, los dos Estados sucesores compartieron un nivel casi idéntico de organización y complejidad política. Dado que tanto Judá como Israel tenían sus orígenes en la monarquía salomónica, plenamente formada, ambos habrían heredado unas instituciones de corte, administración fiscal y fuerza militar totalmente desarrolladas. En consecuencia, se creía que los dos reinos independientes habrían competido entre sí, se habrían hecho la guerra y se habrían ayudado en función de las circunstancias cambiantes de la región, pero siempre, más o menos, en condiciones de igualdad. Ciertas diferencias regionales eran, por supuesto, evidentes. Pero la mayoría de los estudiosos concluía que el resto de la historia de los reinos israelitas había sido de crecimiento demográfico y una intensa actividad constructiva y guerrera —aunque sin nuevos procesos sociales espectaculares.

Ahora, sin embargo, este cuadro ampliamente aceptado parece ser erróneo.

Milenios de oposición entre el norte y el sur

Las intensas prospecciones arqueológicas llevadas a cabo en las serranías centrales en la década de 1980 abrieron nuevas perspectivas a la comprensión del carácter y orígenes de Judá e Israel, los dos Estados de las tierras altas. Esas nuevas perspectivas diferían profundamente de los relatos bíblicos. Las prospecciones mostraron que la aparición de los israelitas en las tierras altas de Canaán no fue un suceso singular, sino, en realidad, una más de una serie de oscilaciones demográficas con una antigüedad de milenios.

En cada una de las dos oleadas anteriores de colonización —la del Bronce Antiguo (c. 3500-2200 a. de C.) y la del Bronce Medio (c. 2000-1550 a. de C.)—, la población indígena de la sierra pasó del pastoreo a la agricultura estacional, a la sedentarización en aldeas y a una economía compleja de montaña llamativamente similar al proceso del asentamiento israelita en la Edad del Hierro I (1150-900 a. de C.). Pero aún es más sorprendente que, según daban a entender las prospecciones (y la fragmentaria información histórica), en cada una de las oleadas de asentamiento en las tierras altas parecía haber habido siempre *dos* sociedades serranas distintas —la del norte y la del sur—, que ocupaban, aproximadamente, las zonas de los antiguos reinos de Judá e Israel.

Un mapa de los enclaves del Bronce Reciente muestra, por ejemplo, con claridad dos sistemas de asentamiento regionales diferentes, separados por una línea divisoria que corre más o menos entre Siquén y Jerusalén, límite que marcaría más tarde la frontera entre Israel y Judá. El sistema de asentamiento septentrional era denso y presentaba una compleja jerarquía de emplazamientos grandes, medianos y pequeños, muy dependientes todos ellos de la agricultura sedentaria, como en el posterior reino de Israel. La región meridio-

nal, al igual que lo que sería más tarde el reino de Judá, estaba menos densamente poblada, con emplazamientos mayoritariamente pequeños y sin una variedad de tamaños tan grande. El sur tenía, asimismo, un número relativamente alto de yacimientos arqueológicos con sólo restos de fragmentos de cerámica y sin construcciones permanentes, indicio de una importante población de grupos de pastores nómadas.

Las regiones del norte y el sur estuvieron dominadas cada una por un único centro, que era, al parecer, el foco de una centralización política y económica —y, quizá, también de prácticas religiosas regionales—. En el sur, en el Bronce Antiguo, ese lugar fue un gran enclave denominado Khirbet et-Tell (la bíblica Ay), situado al noreste de Jerusalén. Ocupaba una extensión de unas diez hectáreas, lo que representa una *quinta* parte del total de la superficie construida en las tierras montañosas del sur. Sus impresionantes fortificaciones y su templo monumental subrayan su condición sin parangón en la zona meridional, principalmente rural y pastoril. En el norte había algunos lugares céntricos, pero el principal de ellos, el de Tell el-Farah, situado cerca de una fuente de agua potable y en una posición dominante sobre la ruta central que descendía al valle del Jordán, controlaba, al parecer, las ricas tierras agrícolas de la región. No es mera coincidencia —según veremos— que esta ciudad, conocida más tarde como la Tirsá bíblica, se convirtiera en la primera capital del reino septentrional de Israel.

La oleada colonizadora en las tierras altas en el siguiente periodo del Bronce Medio tuvo exactamente las mismas características. En el sur hubo pocos asentamientos permanentes, la mayoría de ellos minúsculos, y un gran número de grupos de pastores, tal como evidencian sus cementerios aislados, sin relación con emplazamientos sedentarios. El norte estaba mucho más densamente poblado y la proporción de agricultores asentados superaba con mucho a la de pastores. El principal centro urbano del sur era ya Jerusalén, sólidamente fortificada (como lo había estado Ay en el Bronce Antiguo), al que se sumaba otro centro secundario, Hebrón, también fortificado. El gran centro del norte en esa época era Siquén. Excavaciones realizadas en el yacimiento de Tell Balatah, en la zona oriental de las afueras de la ciudad, revelaron la existencia de imponentes fortificaciones y un templo de grandes proporciones.

Además de los indicios arqueológicos de la separación entre norte y sur, hay algunas importantes pruebas textuales procedentes de Egipto. Una de las fuentes son los llamados textos de execración —inscripciones con maldiciones escritas sobre fragmentos de cerámica y estatuillas de prisioneros de guerra y destinadas a ser rotas y enterradas de forma ceremonial para llevar la desgracia a los enemigos de Egipto—. Como si fueran versiones antiguas de muñecos de vudú cubiertos de mensajes airados, esos textos nos ofrecen una visión fugaz de la geografía política de Canaán durante aquella época, en particular de los lugares y pueblos que los egipcios consideraban más amenazadores. Los textos mencionan un gran número de ciudades de la costa y la llanura, pero sólo dos centros de las tierras altas: Siquén y, según la mayoría de los estudiosos, Jerusalén.

El cuadro se completa con otra referencia egipcia a las tierras altas. Se trata de una inscripción que documenta las hazañas de un general egipcio llamado Khu-Sebek, que dirigió una campaña militar contra las tierras altas de Canaán en el siglo XIX a. de C. La inscripción se refiere al «país» (y no a la «ciudad») de Siquén, y menciona *Siquén* como paralelo de *Retenu* —uno de los nombres egipcios para designar todo el país de Canaán—. Esto parece indicar que, a comienzos del segundo milenio a. de C., Siquén —uno de los centros más importantes del reino de Israel— era ya el corazón de una gran entidad territorial.

No poseemos información textual sobre los territorios del sur en el Bronce Medio, pero abundan los datos referentes a su extensión en el periodo siguiente —el Bronce Reciente—. Las cartas de Tell el-Amarna, del siglo XIV a. de C., confirman la división de las serranías centrales entre dos ciudades-Estado o, en realidad, entre dos Estados territoriales, Siquén y Jerusalén (Figura 19). Varias de las cartas mencionan por su nombre a los soberanos de esas dos ciudades-Estado —un rey llamado Abdi-Heba, que reinaba en Jerusalén, y otro monarca llamado Labayu, que reinaba en Siquén—, cada uno de los cuales controlaba territorios de unos mil seiscientos kilómetros cuadrados. Se trataba de las mayores superficies en poder de un solo soberano local, pues, en esa época, la llanura litoral y los valles cananeos estaban divididos en muchas ciudades-Estado minúsculas, cada una de las cuales dominaba un pequeño territorio con una población relativamente densa. Aunque las unidades políticas de las tierras altas fueran mucho mayores, su población era mucho menor.

Siquén y Jerusalén, Israel y Judá, fueron siempre territorios distintos y rivales. Y las diferencias existentes entre ellos se basaban en buenos motivos: el norte y el sur ocupaban entornos llamativamente distintos.

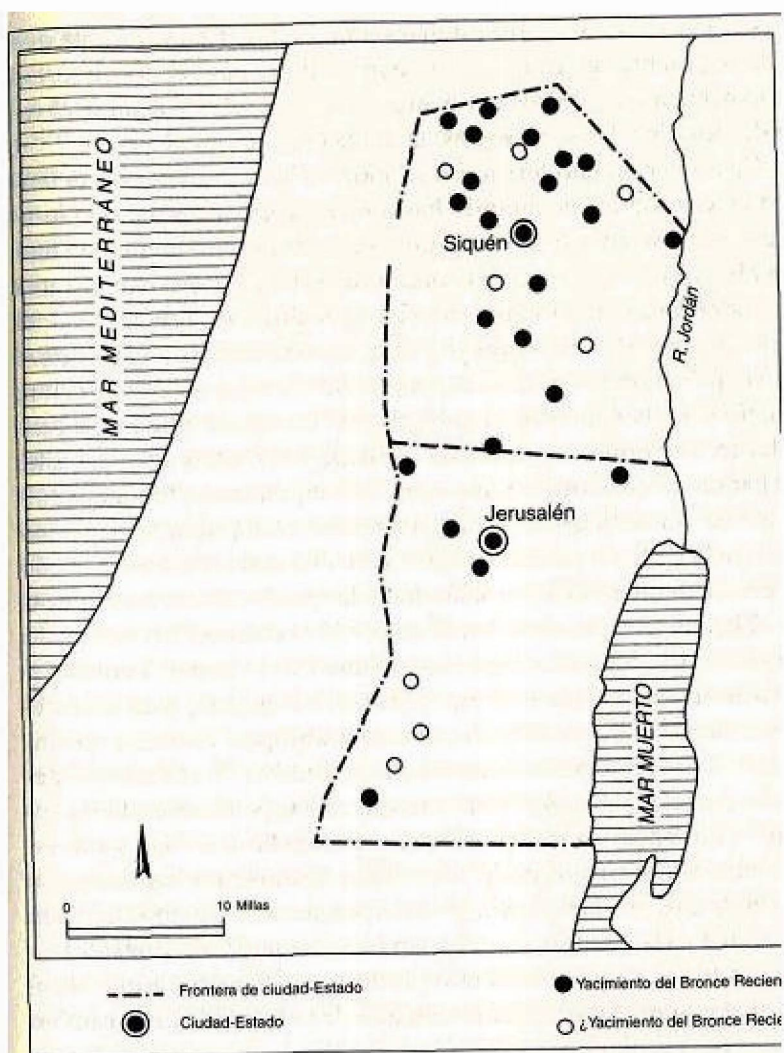
Dos mundos en las tierras altas

A primera vista, las serranías que se extienden entre los valles de Yezrael y Berseba parecen formar un bloque geográfico homogéneo. Pero los detalles medioambientales y topográficos nos ofrecen un cuadro muy diverso. El norte y el sur tienen ecosistemas distintos que difieren en casi todos los aspectos: la topografía, las formaciones orográficas, el clima, la cubierta vegetal y los recursos potenciales.

Judá fue siempre la parte más remota de la sierra, aislada por barreras topográficas y climáticas. En cambio, la parte norte de las tierras altas estaba formada por un mosaico de valles fértiles enclavados entre las laderas de las colinas adyacentes. Algunos de esos valles ofrecían suficiente tierra fértil cultivable para sostener a los habitantes de varias aldeas. Era, pues, una región relativamente productiva cuyos valles interiores y cuya tierra marginal, en la zona del este, al borde del desierto, se dedicaban sobre todo al cultivo de cereales, mientras que en las colinas se plantaban olivares y viñedos. Aunque un viajero ocasional que recorra la región hoy en día la encontrará, quizá, aparentemente más montañosa que el sur, la comunicación y el transporte de productos agrícolas son incomparable-

mente más fáciles. Las laderas que miran al oeste son mucho más suaves y, en realidad, más que impedir, facilitan el descenso a las ciudades

Figura 19. Las dos entidades de las tierras altas en el siglo XIV a. de C. (periodo de Amarna).



de la llanura litoral mediterránea. En el borde septentrional de esta región se abre el extenso valle de Yezrael, una zona agrícola sumamente rica que sirvió también como ruta principal para el comercio y la comunicación por tierra entre Egipto y Mesopotamia. En el este, la zona de desierto estepario era menos árida y abrupta que en la región más meridional —lo que permitía una relativa libertad de movimiento de personas y bienes entre la cordillera central, el valle del Jordán y las tierras altas de Transjordania, en el este.

Cualquier unidad territorial surgida en las sierras del norte tendría una capacidad económica bastante mayor que las del sur. Aunque el proceso básico de asentamiento montañoso fue similar en ambas regiones —el paso del pastoreo y la agricultura estacional a una dependencia cada vez mayor de una agricultura especializada—, el norte disponía de más recursos y un clima más rico para explotarlos. En las primeras fases de cada una de las oleadas de colonización, cuando la mayor parte de la población de las tierras altas se concentraba en los bordes orientales de la estepa y los valles altos del este, sus habitantes practicaron una economía equilibrada, fundamentalmente de autosuficiencia. Cada comunidad local producía su propio suministro tanto de productos agrícolas como animales. Pero, cuando la presión demográfica y el señuelo de las posibilidades económicas les obligaba a expandirse hacia el borde occidental del territorio montañoso, los del norte disponían de una clara ventaja. Podían desarrollar una economía más especializada y compleja, pues las laderas occidentales de las sierras eran menos abruptas y rocosas que las del sur —y mucho más adecuadas para el cultivo de olivares y viñedos en parcelas pequeñas y aterrazadas en las pendientes de las colinas—. La especialización inicial en el cultivo de aceitunas y uva estimulaba el desarrollo de la tecnología destinada a elaborar con eficiencia esos productos para la obtención de aceite y vino. También dio origen a las instituciones económicas de mercados, transporte e intercambio para que los pueblos productores de vino y aceite obtuvieran el grano y los productos animales de necesidad vital a cambio de su propia producción.

El resultado fue una complejidad creciente en las sociedades de las tierras altas del norte y, finalmente, la cristalización de algo parecido a un Estado. El comercio de exportación a los pueblos de las tierras bajas y, lo que es más importante, a los mercados de las grandes ciudades de Egipto y los puertos de la costa fenicia llevaron las cosas aún más lejos. De ese modo, al comenzar la Edad del Hierro, las tierras altas del norte estaban preparadas para ser más ricas y populosas que las del sur.

Formación de Estados en el mundo bíblico

La evolución de las tierras altas de Canaán hacia dos organizaciones políticas distintas fue un desarrollo natural. No hay ninguna prueba arqueológica de que la situación del norte y el sur se crearan a partir de una anterior unidad política —sobre todo a partir de una cuyo centro estuviera en el sur—. En los siglos X y IX a. de C., Judá estaba aún muy escasamente poblado, con un reducido número de aldeas que, en realidad, no superaban por mucho la veintena. En función de la característica estructura en clanes y de los hallazgos arqueológicos realizados en Judá, hay buenas razones para creer

que el sector de la población dedicado al pastoreo seguía teniendo allí bastante importancia. Y —a pesar de las incomparables descripciones bíblicas respecto a su grandeza— carecemos aún de testimonios arqueológicos que demuestren que, en tiempos de David, Salomón y Roboán, Jerusalén era algo más que un modesto pueblo serrano. Al mismo tiempo, la mitad norte de las tierras altas —fundamentalmente los territorios que, según se nos dice, se escindieron de la monarquía unificada— estaba densamente ocupada por docenas de enclaves, con un sistema de poblamiento bien desarrollado que incluía grandes centros regionales, pueblos de todos los tamaños y pequeñas aldeas. Sencillamente, mientras Judá seguía siendo económicamente marginal y retrasada, Israel vivía una época de auge.

En realidad, pocas décadas después del supuesto final de la monarquía unitaria, en torno a 900 a. de C., Israel se hallaba en el buen camino hacia la formación de un Estado plenamente desarrollado. Por *plenamente desarrollado* entendemos un territorio gobernado por una maquinaria burocrática evidenciada en una estratificación social, según se observa por la distribución de artículos de lujo, grandes proyectos constructivos, una actividad económica próspera que implicaba un comercio con las regiones vecinas y un sistema de asentamiento totalmente evolucionado.

En Israel se crearon centros administrativos regionales a comienzos del siglo IX. Estaban fortificados y disponían de complejos palacios construidos con sillares y decorados con capiteles de piedra. Los mejores ejemplos se han encontrado en Megiddo, Yezrael y Samaría. En el sur, sin embargo, las construcciones de sillares y los capiteles de piedra no aparecen hasta el siglo vn a. de C. y son de dimensiones más reducidas, muestran menos influencia extranjera y poseen una calidad constructiva inferior. También hay una gran diferencia en la planta y desarrollo de las capitales. Samaria, la capital del reino del norte, era ya en el siglo ix un gran centro gubernamental palaciano. Jerusalén no se urbanizó totalmente hasta finales del siglo VIII.

Además, la industria oleícola se desarrolló en Israel en fechas tan tempranas como el siglo IX. Pero en Judá, la producción de aceite de oliva no dejó de ser una actividad local realizada en los hogares particulares para convertirse en industria estatal hasta el siglo vn a. de C. Finalmente, deberíamos fijarnos en que, según la historia de la colonización de las tierras altas, el norte se pobló mucho antes que Judá y alcanzó niveles demográficos muy superiores. En resumen, se puede decir con seguridad que el reino septentrional de Israel surgió como Estado plenamente desarrollado no más tarde del comienzo del siglo IX a. de C. —en un tiempo en que la sociedad y la economía de Judá sólo habían cambiado escasamente desde su aparición en la tierras altas—. Todo ello está apoyado por documentos históricos. En el siguiente capítulo veremos cómo el reino del norte apareció de pronto en el escenario del antiguo Oriente Próximo como una potencia regional importante en la coalición que se enfrentó al rey sirio Salmanasar III en la batalla de Karkar, en el año 853 a. de C.

No hay duda de que los dos Estados de la Edad del Hierro —Israel y Judá— tenían mucho en común. Ambos veneraban a YHWH (entre otros dioses). Sus pueblos compartían muchas leyendas, hé-

roes e historias acerca de un pasado común y antiguo. También hablaban lenguas similares, o dialectos del hebreo, y en el siglo vm a. de C. utilizaban una misma escritura. Pero eran también muy diferentes uno de otro en su composición demográfica, potencial económico, cultura material y relación con sus vecinos. Por decirlo de manera sencilla, Israel y Judá habían vivido historias muy distintas y desarrollado culturas diferenciadas. En cierto sentido, Judá era poco más que el interior rural de Israel.

Comienza la época de Israel

A lo largo de todos los milenios de la historia humana de Canaán, las tierras altas del norte fueron, quizá, más ricas que las del sur, pero ni de lejos tan prósperas y urbanizadas como las ciudades-Estado cananeas de las tierras bajas y la llanura litoral. Lo que permitió la independencia inicial de las tierras altas fue que, a finales del Bronce Reciente, el sistema de ciudades-Estado de Canaán sufrió, según hemos visto, una serie catastrófica de trastornos destructivos. Aquellas convulsiones, tanto si fueron causadas por las depredaciones de los Pueblos del Mar como por rivalidades entre ciudades o por disturbios sociales, asestaron un golpe aplastante a la economía de las tierras bajas-

Con el tiempo, los cananeos que habitaban en las tierras bajas comenzaron de nuevo a prosperar. En el siglo XI a. de C., los filisteos, asentados anteriormente a lo largo de la costa meridional, consolidaron el poder de sus ciudades. Los sucesores fenicios de los cananeos de la costa ocuparon los puertos marítimos del norte. En los valles septentrionales, la vida en el campo, menos urbanizado, continuó sin interrupciones, a pesar de que algunos emplazamientos importantes, como Megiddo, fueron víctimas de la destrucción durante el siglo XII a. de C. Tras algunas décadas de abandono volvieron a ocuparse, incluso, los enclaves principales, y, al parecer, por la misma población —los cananeos locales que habitaban las tierras bajas—, y algunos de los centros más importantes de Canaán se renovaron y pervivieron hasta bien entrado el siglo X a. de C.

Megiddo es un buen ejemplo de este proceso. Pocas décadas después de la destrucción de la ciudad del Bronce Reciente, con su complejo palacio, el enclave fue colonizado de nuevo de forma modesta. Pasadas algunas décadas, hubo signos elocuentes de crecimiento constructivo y demográfico, hasta el punto de que Megiddo volvió a ser una ciudad importante (el llamado estrato VÍA), con casi todas las características de su anterior cultura cananea. Los estilos de cerámica se parecían a los del siglo xii a. de C; la planta de la ciudad se asemejaba en tamaño y diseño a la Megiddo del final del Bronce Reciente; y, lo que es más importante, el templo cananeo siguió funcionando. Excavaciones realizadas en otros yacimientos principales de los valles y de la llanura litoral septentrional, como Tel Dor (en la costa, al oeste de Megiddo) y Tel Rehov (al sur del mar de Galilea), han puesto de manifiesto un cuadro similar de continuidad del mundo de las ciudades-Estado cananeas, con grandes localidades o ciudades que dominaban un campo próspero.

Pero este florecimiento tardío de Canaán no iba a durar mucho. Las ciudades del norte serían destruidas por la violencia y el fuego.

La devastación fue tan sobrecogedora que nunca se recuperaron del golpe. Aquello fue el último suspiro de Canaán. ¿Qué ocurrió?

Egipto, que había pasado por un largo periodo de decadencia y retraimiento de la escena internacional, se hallaba por fin dispuesto a reafirmar su poder sobre las tierras del norte. Hacia finales del siglo X a. de C., el faraón Sisac, fundador de la XXII Dinastía (conocido también como Shoshenk en inscripciones egipcias), lanzó una agresiva incursión contra el norte. Esta invasión egipcia se menciona en la Biblia desde una perspectiva claramente judaíta en un pasaje que nos ofrece la primera correlación entre documentos históricos externos y el texto bíblico: «El año quinto del reinado de Roboán, Sisac, rey de Egipto, atacó Jerusalén. Se apoderó de los tesoros del templo y del palacio, se lo llevó todo, con los escudos de oro que había hecho Salomón» (1 Reyes 14:25-26). Hoy, sin embargo, sabemos que Jerusalén difícilmente pudo ser el único objetivo o, incluso, el más importante. Una inscripción triunfal encargada por Sisac para los muros del gran templo de Kamak, en el Alto Egipto, enumera unas ciento cincuenta ciudades y pueblos devastados en el curso de la operación. Son localidades situadas en el sur, a lo largo y ancho del país de las colinas y más allá del valle de Yezrael y la llanura litoral.

Las ciudades cananeas de Rejob, Beisán, Taanac y Megiddo, grandes en otros tiempos, aparecen en la lista como objetivos de las fuerzas egipcias y, de hecho, se ha encontrado en Megiddo un fragmento de una estela triunfal que lleva el nombre de Sisac —por desgracia se descubrió entre los vertidos de excavaciones anteriores, por lo que no está clara su vinculación arqueológica precisa—. Estratos de mayor espesor con pruebas de incendios y hundimientos descubiertos en este y otros yacimientos importantes del norte nos proporcionan pruebas espectaculares de la desaparición repentina y total de aquel sistema cananeo tardío a finales del siglo X a. de C. Y Sisac, que realizó su campaña en la región en 926 a. de C., es el autor más probable de aquella oleada de destrucción¹⁰. La lista de Karnak y los resultados obtenidos en excavaciones recientes parecen indicar que el faraón arremetió también contra la red de los primeros pueblos israelíes que se estaba formando en las tierras altas.

Pero la campaña de Sisac no tuvo como consecuencia un dominio duradero de Canaán por Egipto. Cuando se posó aquella polvareda, se vio claramente que el golpe dado a las tierras altas les afectó sólo de refilón (y que sus únicos efectos evidentes fueron el abandono de algunos pueblos al norte de Jerusalén). Sin embargo, el asestado a las ciudades cananeas renacidas en el valle de Yezrael resultó definitivo

¹⁰ La opción de Sisac plantea un problema: ¿por qué un rey egipcio cuyas pretensiones eran seguir dominando sobre Canaán iba a destruir las ciudades del valle de Yezrael? ¿Y por qué habría de erigir una estela de triunfo muy trabajada en una ciudad destruida como Meguido? Otro posible aspirante a la autoría de la destrucción de las ciudades cananeas podría ser el reino de Israel en sus primeros tiempos.

y tuvo consecuencias enormes, pues la destrucción de los últimos vestigios del sistema de ciudades-Estado cananeas dio una oportunidad al pueblo de las tierras altas del norte, que ya estaba viviendo un periodo de intenso crecimiento económico y demográfico. También abrió el camino a la aparición de un reino plenamente formado que durante los últimos años del siglo x o, más probablemente, a comienzos del IX a. de C. se expandiría desde la serranías del norte hasta las tierras bajas contiguas.

Lejos, en el sur, las tierras altas meridionales —aquellas escasas aldeas establecidas en torno a Jerusalén— continuaron con el antiguo régimen de pueblos dispersos y pastoreo. A pesar de las posteriores narraciones bíblicas que hablan del gran imperio de David y Salomón, que conquistaría y administraría el país desde Dan, en el extremo norte, hasta Berseba, en el lejano sur, la verdadera organización estatal no llegaría allí hasta doscientos años después.

Cuatro profecías que conllevan su propio cumplimiento

¿Por qué cuenta la Biblia una historia de cisma y secesión en la que Israel se separa de Judá y que difiere tanto de los testimonios históricos? Si los ancestrales ritmos de las tierras altas de Canaán dictaban la existencia de dos culturas regionales distintas —y si los Estados de Israel y Judá eran de naturaleza tan diferente desde el mismo comienzo—, ¿por qué aparecían retratados en la Biblia de manera tan sistemática y convincente como Estados gemelos?

La respuesta se insinúa en cuatro predicciones sobre el futuro hechas por inspiración divina y hábilmente entreveradas en el relato de la descomposición de la monarquía unificada y la creación del reino independiente de Israel. Esos oráculos —escritos en forma de comunicación entre Dios y varios profetas— representan los esfuerzos de una generación posterior de intérpretes judaítas para explicar los inesperados giros de la historia.

El pueblo de Judá creía que Dios había prometido a David que su dinastía, con su centro en Jerusalén, estaría segura para siempre. Sin embargo, Judá se encontró durante siglos bajo la sombra de Israel, cuyos reyes prestaban escasa atención a Jerusalén. ¿Cómo podía haber ocurrido algo semejante? La narración bíblica lo achaca directamente a la infidelidad religiosa de un rey *judaíta*. Y promete que la división de Israel en dos reinos rivales será sólo un castigo divino temporal por los pecados de un miembro destacado de la dinastía davídica bendecida por Dios.

La primera profecía acusaba lisa y llanamente de la ruptura de la unidad de Israel a las transgresiones personales de Salomón, hijo de David. Aunque Salomón aparecía retratado como uno de los mayores reyes de todos los tiempos, sabio y rico, y que gobernaba del Eufrates a las fronteras de Egipto, era también un pecador que había tomado como esposas en su harén real a mujeres extranjeras, justamente el tipo de relación prohibida de manera estricta a los israelitas por YHWH para que los matrimonios con mujeres idólatras no vol-

vieran sus corazones hacia el culto a otros dioses. Y eso es precisamente lo que cuenta la Biblia:

Y, así, cuando llegó a viejo, sus mujeres desviaron su corazón tras dioses extranjeros; su corazón ya no perteneció por entero al SEÑOR, como el corazón de David, su padre. Salomón siguió a Astarté, diosa de los fenicios; a Malcón, ídolo de los amonitas. Hizo lo que el SEÑOR reprueba; no siguió plenamente al SEÑOR, como su padre, David. Entonces construyó una ermita a Camós, ídolo de Moab, en el monte que se alza frente a Jerusalén, y a Malcón, ídolo de los amonitas. Hizo otro tanto para sus mujeres extranjeras, que quemaban incienso y sacrificaban en honor de sus dioses. (1 Reyes 11:4-8).

El castigo para un heredero davídico que «no siguió plenamente al Señor, como su padre, David», era, por tanto, inevitable. Así pues, YHWH dijo a Salomón:

Por haberte portado así conmigo, siendo infiel al pacto y a los mandatos que te di, te voy a arrancar el reino de las manos para dárselo a un siervo tuyo. No lo haré mientras vivas, en consideración a tu padre, David; se lo arrancaré de la mano a tu hijo. Y ni siquiera le arrancaré todo el reino; dejaré a tu hijo una tribu, en consideración a mi siervo David y a Jerusalén, mi ciudad elegida». (1 Reyes 11:11-13).

De ese modo, la promesa original hecha a David quedó comprometida —aunque no completamente suspendida— por el pecado de Salomón.

La segunda profecía trataba del «siervo de Salomón» que reinaría en lugar de David. Era Jeroboán, hijo de Nabat, un efraimita que sirvió en la administración salomónica como funcionario encargado de reclutar mano de obra forzada entre las tribus del norte. Un día, al salir de Jerusalén, se encontró con el profeta Ajías de Silo, que tras romper el manto que llevaba y desgarrarlo en doce pedazos, entregó a Jeroboán diez trozos. La profecía de Ajías fue dramática y fatal:

Recoge diez trozos, porque así dice el SEÑOR, Dios de Israel: «Voy a arrancarle el reino a Salomón y voy a darte a ti diez tribus; lo restante será para él, en consideración a mi siervo David y a Jerusalén, la ciudad que elegí entre todas las tribus de Israel; porque me ha abandonado y ha adorado a Astarté, diosa de los fenicios; a Camós, dios de Moab; a Malcón, dios de los amonitas, y no ha caminado por mis sendas practicando lo que yo apruebo, mis mandatos y preceptos, como su padre, David. No le quitaré todo el reino; en consideración a mi siervo David, a quien elegí, que guardó mis leyes y preceptos, lo mantendré de jefe mientras viva; pero a su hijo le quito el reino y te doy a ti diez tribus. A su hijo le daré una tribu, para que mi siervo David tenga siempre una lámpara ante mí en Jerusalén, la ciudad que me elegí para que residiera allí mi Nombre. En cuanto a ti, voy a escogerte para que seas rey de Israel, según tus ambiciones. Si obedeces en todo lo que yo te ordene y caminas por mis sendas y practicas lo que yo apruebo, guardando mis mandatos y preceptos, como lo hizo mi siervo David, yo estaré contigo y te daré una dinastía duradera, como hice con David, y te daré Israel. Humillaré a los descendientes de David por esto, aunque no para siempre». (1 Reyes 11:31-39).

A diferencia de la promesa hecha a David, la dada por Dios a Jeroboán era condicional: YHWH garantizaría su Estado sólo mientras hiciera lo correcto a los ojos de Dios. Pero Jeroboán no lo hizo:

Jeroboán fortificó Siquén, en la serranía de Efraín, y residió allí. Luego salió de Siquén para fortificar Peniel. Y pensó para sus adentros: «Todavía puede volver el reino a la casa de David. Si la gente sigue yendo a Jerusalén para hacer sacrificios en el templo del SEÑOR, terminarán poniéndose de parte de su señor, Roboán, rey de Judá. Me matarán y volverán a unirse a Roboán, rey de Judá». Después de aconsejarse, el rey hizo dos becerros de oro y dijo a la gente: «¡Ya está bien de subir a Jerusalén! ¡Éste es tu dios, Israel, el que te sacó de Egipto!». Luego colocó un becerro en Betel y el otro en Dan. (1 Reyes 12:25-30).

Jeroboán, recién establecido como rey, recibió pronto una visión fatal. Mientras estaba celebrando el culto en el santuario del becerro de oro de Betel, en una fiesta de otoño ideada probablemente para desviar a los peregrinos de las celebraciones de Jerusalén, Jeroboán fue abordado en el altar por un personaje con aspecto de profeta que el texto bíblico identifica solamente como «un hombre de Dios».

Llegó un hombre de Dios de Judá mandado por el SEÑOR. Y gritó contra el altar, por orden del SEÑOR. «¡Altar, altar! Así dice el SEÑOR: Nacerá un descendiente de David llamado Josías que sacrificará sobre tí a los sacerdotes de los altozanos que queman incienso sobre tí y quemará sobre tí huesos humanos». (1 Reyes 13:1-2).

Se trata de una profecía sin parangón, pues el «hombre de Dios» reveló el nombre de un rey concreto de Judá que, tres siglos más tarde, ordenaría la destrucción de aquel mismo santuario, mataría a sus sacerdotes y profanaría su altar con sus restos. Es como leer una historia de la esclavitud escrita en la América colonial del siglo xvn con un pasaje en el que se predijera el nacimiento de Martín Luther King. Y eso no es todo: Jeroboán se sintió profundamente conmovido por la profecía y, poco después, su hijo Abías cayó enfermo. La mujer de Jeroboán marchó de inmediato al antiguo centro cultural de Silo para hablar con el profeta Ajías —el mismo que había predicho que Jeroboán gobernaría pronto como rey de las tribus del norte—. Ajías no tuvo palabras de consuelo para aquella madre preocupada y, en cambio, pronunció la cuarta profecía, una de las más escalofriantes recogidas en la Biblia:

Ve a decirle a Jeroboán: Así dice el SEÑOR, Dios de Israel: «Yo te saqué de entre la gente y te hice jefe de mi pueblo, Israel, arrancándole el reino a la dinastía de David para dártelo a ti. Pero ya que tú no has sido como mi siervo David, que guardó mis mandamientos y me siguió de todo corazón, haciendo únicamente lo que yo apruebo, sino que te has portado peor que tus predecesores, haciéndote dioses ajenos, ídolos de metal, para irritarme, y a mí me has echado a la espalda, por eso yo voy a traer la desgracia a tu casa: te exterminaré a todo israelita que mea a la pared, esclavo o libre, y barreré tu casa a conciencia, como se hace con el estiércol. A los tuyos que

mueran en poblado los devorarán los perros y a los que mueran en descampado los devorarán las aves del cielo». Lo ha dicho el SEÑOR. Y tú, hala, vete a tu casa; en cuanto pongas el pie en la ciudad, morirá el niño. Todo Israel hará luto por él y lo enterrarán, porque será el único de la familia de Jeroboán que acabe en un sepulcro; pues de toda tu familia, sólo en él se puede encontrar algo que agrade al SEÑOR, Dios de Israel. El SEÑOR suscitará un rey de Israel que extermine la dinastía de Jeroboán. El SEÑOR golpeará a Israel, que vacilará como un junco en el agua; arrancará a Israel de esta tierra fértil, que dio a sus padres, y los dispersará al otro lado del río, porque se hicieron estelas, irritando al SEÑOR. Entregaré a Israel por los pecados que has cometido tú y has hecho cometer a Israel. (1 Reyes 14:7-16).

La precisión de la primera profecía del «hombre de Dios» revela la época en que fue escrita. El rey Josías, del linaje de David, que conquistó y destruyó el altar de Betel, vivió a finales del siglo VII a. de C. ¿Por qué una narración que ocurre a finales del siglo X a. de C. necesita introducir un personaje de un futuro tan distante? ¿Que motivo hay para describir lo que iba a hacer un rey virtuoso llamado Josías? La respuesta es en gran parte la misma que propusimos al explicar por qué los relatos de los patriarcas, el éxodo y la conquista de Canaán están llenos de alusiones al siglo VII. El hecho ineludible es que los libros de los Reyes son tanto un apasionado alegato religioso —escrito en el siglo VII a. de C.— como unas obras de historia.

Por aquellas fechas, el reino de Israel era ya un recuerdo borroso; sus ciudades habían sido destruidas, y un gran número de sus habitantes deportado a lugares remotos del imperio asirio. Pero, entre tanto, Judá había prosperado y desarrollado ambiciones territoriales afirmando ser el único heredero legítimo de los extensos territorios de Israel. La ideología y la teología del historiador monárquico tardío se sustentaban sobre varios pilares; uno de los más importantes era la idea de que el culto israelita debería estar totalmente centralizado en el Templo jerusalemita. El centro de culto rival del norte, situado en Betel, no muy lejos de Jerusalén, debió de haberse considerado una amenaza incluso antes de la destrucción del reino del norte. Y, lo que es peor, a comienzos del siglo VII seguía estando activo y atraía, probablemente, a personas que vivían en los territorios del ya desaparecido reino septentrional, la mayoría de ellos israelitas que no marcharon al exilio. Aquel culto constituía una peligrosa competencia para las ambiciones territoriales y teológicas de Judá en los días del rey Josías. Y la inevitable caída de Israel —y el triunfo de Josías— pasó a ser un tema central del relato bíblico.

Un cuento con mucha moraleja

Ésas son las razones de que, a lo largo de la descripción de la historia del reino del norte, el historiador deuteronomista transmita al lector un mensaje doble y un tanto contradictorio. Por un lado, pinta a Judá e Israel como Estados hermanos; por otro, fomenta un fuerte antagonismo entre ellos. Josías ambicionaba expandirse hacia el norte y apoderarse de los territorios de las tierras altas, pertenecientes

en otros tiempos al reino septentrional. Así, la Biblia apoya esa ambición explicando que el reino del norte se estableció en los territorios de la mítica monarquía unificada, gobernada desde Jerusalén; que era un Estado hermano israelita; que sus habitantes eran israelitas que deberían haber rendido culto en Jerusalén; que los israelitas residentes aún en aquellos territorios debían volver sus ojos a Jerusalén; y que Josías, heredero del trono de David y de la promesa eterna dada a éste por YHWH, era el único heredero legítimo de los territorios del derrotado Israel. Por otro lado, los autores de la Biblia necesitaban deslegitimizar el culto del norte —en especial el santuario de Betel— y mostrar que las tradiciones religiosas peculiares de aquel reino eran malvadas sin excepción y debían ser erradicadas y sustituidas por un culto centralizado en el Templo de Jerusalén.

La Historia Deuteronomista hace realidad todo eso. Al final del libro segundo de Samuel se nos muestra al piadoso David instaurando un gran imperio. Al comienzo del primero de los Reyes, su hijo Salomón accede al trono y sigue prosperando. Pero la riqueza y la prosperidad no fueron suficientes. Al contrario, dieron lugar a la idolatría. El pecado de Salomón llevó a la extinción de la Edad de Oro. YHWH eligió entonces a Jeroboán para que dirigiese el Estado escindido del reino del norte y fuera un segundo David. Pero Jeroboán peca más aún que Salomón, y el reino del norte pierde aquella oportunidad singular. El resto de la historia del norte es un triste descenso hacia la destrucción.

Con Josías, sin embargo, llega para Judá el momento de alcanzar la grandeza. Pero, para poder restablecer la Edad de Oro, este nuevo David necesita, en primer lugar, cancelar los pecados de Salomón y Jeroboán. La senda que lleva a la grandeza debe pasar por la purificación de Israel, sobre todo mediante la destrucción del santuario de Betel, lo que conducirá a la reunificación de todo Israel —personas y territorio— bajo el Templo de YHWH y el trono de David, en Jerusalén.

El punto importante que debemos recordar es, por tanto, que la narración bíblica no contempla la división de la monarquía unificada de David y Salomón como un acto final, sino como una calamidad temporal. Todavía puede haber una conclusión feliz. Si el pueblo decide cambiar su conducta y vuelve a vivir como un pueblo santo alejado de ídolos y seducciones extranjeras, YHWH vencerá a todos sus enemigos y le dará reposo y satisfacción eterna dentro de su Tierra Prometida.

7.- EL PRIMER REINO OLVIDADO DE ISRAEL (884-842 a. de C.)

Violencia, idolatría y codicia fueron las características distintivas del reino septentrional de Israel, tal como lo describen con morbosos detalles los libros primero y segundo de los Reyes. Tras Jeroboán, los principales villanos del relato son los omritas, la gran dinastía norteña fundada por un antiguo general israelita llamado Omrí, cuyos sucesores llegaron a ser tan poderosos que, finalmente, consiguieron sentar también a una de sus princesas sobre el trono del reino de Judá. La Biblia acusa a la famosa pareja omrita —el rey Ajab y su infame esposa Jezabel, la princesa fenicia— de cometer reiteradamente algunos de los más grandes pecados bíblicos: introducir en la tierra de Israel el culto de dioses extranjeros, asesinar a sacerdotes y profetas fieles a YHWH, confiscar injustamente la propiedad de sus subditos y violar con arrogante impunidad las sagradas tradiciones de Israel.

Los omritas se recuerdan entre los personajes más despreciables de la historia bíblica. Sin embargo, la nueva visión arqueológica del reino de Israel nos ofrece una perspectiva totalmente diferente de lo que fueron sus reinados. De hecho, si los autores y editores bíblicos hubieran sido historiadores, en el sentido moderno de la palabra, podrían haber dicho que Ajab fue un rey poderoso y el primero en situar a Israel en una posición destacada en la escena mundial, y que su matrimonio con la hija del rey fenicio Etbaal fue un golpe de genio de diplomacia internacional. Podrían haber dicho que los omritas construyeron ciudades magníficas como centros administrativos de su reino en expansión. Podrían haber dicho que Ajab y, antes de él, Omrí, su padre, lograron crear uno de los ejércitos más poderosos de la región —con el que conquistaron extensos territorios en zonas lejanas del norte y Transjordania—. Y también podrían haber observado, por supuesto, que Omrí y Ajab no fueron especialmente piadosos y a veces se mostraron arbitrarios y actuaron con brutalidad. Pero lo mismo podría decirse de casi cualquier otro monarca del antiguo Oriente Próximo.

De hecho, Israel disfrutó como Estado de unas riquezas naturales y unos amplios contactos comerciales que hicieron que no se diferenciara casi en nada de los demás reinos prósperos de la región. Según indicamos en el capítulo anterior, Israel contaba con la organización necesaria para acometer proyectos constructivos monumentales, crear un ejército y una burocracia profesionales y desarrollar una compleja jerarquía de asentamientos compuesta por ciudades, pueblos y aldeas —convirtiéndose así en el primer reino israelita plenamente formado—. Su carácter, sus metas y sus logros

fueron espectacularmente distintos de los del reino de Judá. Ésa es la razón de que sus reyes hayan quedado oscurecidos casi por completo por la condena de la Biblia, que apoya las posteriores pretensiones de predominio de la dinastía davídica del sur, rebajando y falseando prácticamente todo lo que hizo la dinastía omrita del norte.

Auge y caída de la casa de Omrí

Los libros de los Reyes nos ofrecen tan sólo una descripción somera de las primeras y turbulentas décadas del reino independiente de Israel. Tras el reinado de veintidós años de Jeroboán, Nadab, su hijo y sucesor, fue derrocado por un golpe militar en el que fueron asesinados todos los supervivientes de la estirpe de Jeroboán (cumpliendo así exactamente las palabras del profeta Ajías de que ninguno de los herederos de Jeroboán sobreviviría). El nuevo rey, Basa, posiblemente un antiguo comandante militar, mostró de inmediato su natural belicoso declarando la guerra al reino de Judá y haciendo avanzar sus fuerzas hacia Jerusalén. Sin embargo, se vio obligado a rebajar la presión sobre el reino del sur pronto, cuando el suyo propio fue invadido por Benadad, rey de Damasco.

Poco después de la muerte de Basa, su hijo Elá fue depuesto en otra sublevación del ejército en la que se aniquiló la casa de Basa (1 Reyes 16:8-11). Pero el cabecilla rebelde, Zimrí, comandante de carros de guerra, reinó sólo siete días. El pueblo israelita se alzó para declarar rey de Israel a Omrí, comandante del ejército. Tras un breve asedio de Tirsá, la capital real —y tras el suicidio del usurpador Zimrí en las llamas del palacio—, Omrí consolidó su poder e instauró una dinastía que gobernaría el reino del norte durante los cuarenta años siguientes.

Tabla 3
LA DINASTÍA OMRITA

Rey	Fecha*	Testimonio bíblico	Pruebas extrabíblicas	Hallazgos arqueológicos
Omri	884-873 a.C.	Fundación de Samaria.	Mencionado en la estela moabita de Mesa.	Fundación de Samaria.
Ajab	873-852	Se casa con la princesa fenicia Jezabel; construye una Casa para Baal en Samaria; usa la viña de Nabot; enfrentamientos con el profeta Elías; emprende varias guerras contra los arameos y muere en el campo de batalla.	Salmaneser III menciona la gran fuerza de carros de guerra de Ajab en la batalla de Karkar, en 853 a.C.; mencionado posiblemente en la inscripción de Tel Dan.	Fase principal de construcciones en Samaria; complejo administrativo de Yezrael; muralla y puerta de Jozor.
Ocozías	852-851	Reinado breve; enfermedad y muerte.		
Jerábán	851-842	Derrota a Moabe herido en el combate contra Baal de Aram-Damasco; profecías de Eliseo.	Mencionado, al menos, en la inscripción de Tel Dan.	Destrucción del conjunto constructivo de Yezrael; estratos de destrucción en otros emplazamientos del norte.

* Según el *Anchor Bible Dictionary*, y Gafit, G., *The Chronology of the Kings of Israel and Judah*.

En los doce años de su reinado, Omrí construyó para sí una nueva capital llamada Samaría y puso los cimientos de la continuidad del reinado de su propia dinastía. Luego, accedió al trono Ajab, hijo de Omrí, que reinó sobre Israel veintidós años. La valoración bíblica de Ajab fue aún más dura que el trato dado habitualmente a los monarcas del norte; en ella se detallan la amplitud de sus relaciones con mujeres de otros países y su idolatría, haciendo sobre todo hincapié en su famosa esposa extranjera que condujo a su marido a la apostasía:

Y Ajab, hijo de Omrí [...] hizo lo que el SEÑOR reprueba, más que todos sus predecesores. Lo de menos fue que imitara los pecados de Jeroboán, hijo de Nabat; se casó con Jezabel, hija de Etbaal, rey de los fenicios, y dio culto y adoró a Baal. Erigió un altar a Baal en el templo que le construyó en Samaría; colocó también una estela y siguió irritando al SEÑOR, Dios de Israel, más que todos los reyes de Israel que le precedieron. (1 Reyes 16:30-33).

Jezabel, según se nos cuenta, apoyó el sacerdocio pagano en Samaría, invitando a su espaciosa mesa real a «cuatrocientos cincuenta profetas de Baal y cuatrocientos profetas de Asera». También dio órdenes de asesinar a todos los profetas de YHWH que hubiera en el reino de Israel.

A continuación, el relato bíblico dedica la mayor parte de la descripción de los omritas a sus crímenes y pecados —y a sus constantes conflictos con Elías y su protegido, Eliseo, dos famosos profetas de YHWH que vagaban por el norte—. Elías se enfrentó pronto a Ajab y exigió que todos los profetas de Baal y Asera «comensales de Jezabel» se reunieran en el monte Carmelo para una competición entre voluntades sagradas. Allí, cada uno de los dos bandos construyó un altar a su dios frente a «todo el pueblo» y sacrificó un novillo sobre él, implorando a la correspondiente divinidad que consumiera la ofrenda por medio de las llamas. Baal no respondió al clamor de sus profetas, mientras que YHWH envió de inmediato un gran fuego de los cielos para consumir la ofrenda de Elías. Al ver aquello, los testigos allí reunidos cayeron rostro a tierra. «El Señor es el Dios», gritaron, y agarraron a los profetas de Baal y los degollaron en el torrente Quisón.

La reina Jezabel se enfureció y Elías escapó rápidamente al desierto. Al llegar al desolado páramo de Horeb, la montaña de Dios, recibió un oráculo divino. YHWH habló directamente a Elías y pronunció una profecía condenatoria para toda la casa de Omrí y le mandó ungir a Jazael como rey de Aram-Damasco, el rival más peligroso de Israel. Elías recibió también órdenes de ungir a Jehú, comandante militar de Ajab, como el siguiente rey de Israel. YHWH había decidido que aquellos tres hombres castigaran a la casa de Omrí por sus pecados: «Al que escape de la espada de Jazael lo matará Jehú, y al que escape de la espada de Jehú lo matará Eliseo» (1 Reyes 19:17).

Sin embargo, YHWH dio al reino del norte una segunda oportunidad al acudir al rescate de Israel cuando Benadad, rey de Aram-

Damasco, invadió el país y sitió Samaría. Y aún le concedió una tercera al permitir que Ajab derrotara a Benadad en una batalla librada al año siguiente cerca del mar de Galilea. Pero Ajab se mostró indigno de aquella ayuda divina y decidió perdonar la vida de su enemigo a cambio de recompensas terrenales: la devolución de ciudades pertenecientes anteriormente al reino de Israel y el derecho a «instalar bazares» en Damasco. Un profeta de YHWH dijo a Ajab que pagaría con su vida por haber desobedecido la exigencia de YHWH de pasar a Benadad por la espada.

La Biblia narra a continuación una historia sobre la conducta inmoral de aquella infame pareja con su propio pueblo —otro pecado por el que pagarían con sus vidas—. Sucedió que un hombre llamado Nabot tenía una viña cerca del palacio de Ajab en Yezrael y que la viña obstaculizaba los proyectos constructivos de Ajab. El rey, en un intento de hacerse con el terreno para ampliar su palacio, hizo a Nabot una oferta que consideró difícil de rechazar: se quedaría con la viña de Nabot y le daría otra mejor, o, si lo prefería así, Ajab le pagaría al contado. Pero, por alguna razón, Nabot no estaba interesado en desprenderse de la herencia familiar y se negó obstinadamente. Jezabel, la mujer de Ajab, tenía otra solución: presentó testigos falsos de que Nabot había blasfemado y contempló satisfecha cómo la gente de Yezrael lo lapidaba hasta matarlo. En cuanto Ajab se adueñó de la viña, el profeta Elías reapareció de nuevo en escena. Su profecía fue escalofriante:

Así dice el SEÑOR: «¿Has asesinado, y encima robas?... En el lugar donde los perros han lamido la sangre de Nabot, a ti también los perros te lamerán la sangre»... Aquí estoy para castigarte. Te dejaré sin descendencia; te exterminaré todo israelita que mea a la pared, esclavo o libre. Haré con tu casa como con la de Jeroboán, hijo de Nabat, y la de Basa, hijo de Ajías, porque me has irritado y has hecho pecar a Israel. También ha hablado el SEÑOR contra Jezabel: «Los perros la devorarán en el campo de Yezrael. A los de Ajab que mueran en poblado, los devorarán los perros, y a los que mueran en descampado, los devorarán las aves del cielo». (1 Reyes 21:19-24).

En aquel momento, los reinos de Israel y Judá habían concluido una alianza por la que Josafat, rey de Judá, sumó sus fuerzas a las de Ajab para guerrear contra Aram-Damasco en Ramot de Galaad, al otro lado del Jordán. Durante el combate, Ajab fue herido por una flecha y murió en el campo de batalla. Su cuerpo fue llevado de vuelta a Samaría para darle un enterramiento regio, y cuando estaban lavando su carro, unos perros lamieron la sangre, en lúgubre cumplimiento de la profecía de Elías.

Luego, accedió al trono Ocozías, hijo de Ajab, que también pecó gravemente. Herido al caerse «en Samaría por el mirador en el piso de arriba», envió mensajeros para consultar a Belcebú, dios de la ciudad filistea de Ecrón, sobre las posibilidades de recuperarse. Pero Elías, tras reprenderle por haber acudido a un ídolo extranjero y no a YHWH, le anunció su muerte inminente.

Finalmente, subió al trono Jorán, hermano de Ocozías y el cuar-

to y último rey de la dinastía omrita. En respuesta a una rebelión de Mesa, rey de Moab, que había sido durante mucho tiempo vasallo de Israel, Jorán marchó contra Moab en unión de Josafat, rey de Judá, y de un rey de Edom cuyo nombre no se cita. El profeta Elíseo predijo la victoria sólo porque les acompañaba Josafat, el justo rey judaíta. Y, de hecho, los moabitas fueron derrotados por la alianza de israelitas, judaítas y edomitas, que destruyeron sus ciudades.

Sin embargo, la dinastía omrita no pudo eludir finalmente su destino de destrucción total. Al acceder Jazael al trono de Damasco, la suerte militar y política de los omritas comenzó a decaer. Jazael derrotó al ejército israelita en Ramot de Galaad, al este del Jordán, y Jorán, rey de Israel, fue gravemente herido en el campo de batalla. En ese momento de crisis, Elíseo envió a uno de los hijos de los profetas de YHWH para ungir como rey de Israel Jehú, comandante del ejército, para que diera el golpe definitivo linaje de Ajab. Y así fue como ocurrió. Mientras regresaba al palacio omrita de Yezrael en compañía de Ocozías, rey de Judá, para curar sus heridas, Jorán tuvo un enfrentamiento con Jehú (ocurrido, simbólicamente, en la viña de Nabot), quien lo mató atravesándole el corazón con una flecha. Ocozías intentó escapar, pero estaba herido y murió en la cercana ciudad de Megiddo, adonde había huido.

La liquidación de la familia de Ajab se acercaba a su punto culminante. Jehú entró a continuación en la residencia real de Yezrael y ordenó arrojar a Jezabel por la ventana de un piso alto del palacio. Jehú mandó a sus servidores que sacaran el cuerpo de Jezabel para enterrarlo, pero sólo descubrieron en el patio el cráneo, los pies y las palmas de las manos, pues unos perros callejeros habían devorado el cuerpo de la reina, como había advertido la escalofriante profecía de Elías. Entre tanto, los hijos del rey de Israel residentes en Samaría — siete en total — fueron masacrados y sus cabezas colocadas en cestos y enviadas a Yezrael para Jehú, quien ordenó ponerlas en un montón en la entrada de la puerta de la ciudad para que las viera todo el mundo. Luego, Jehú marchó a Samaría, donde mató a todos los que quedaban de la casa de Ajab. La dinastía omrita se había extinguido así para siempre, y la terrible profecía de Elías se había cumplido hasta su última palabra.

Fronteras distantes y poder militar

La tragedia palaciega de la casa de Omrí es un relato literario clásico repleto de personajes de gran viveza y escenas dramáticas en las que los crímenes de una familia real contra su propio pueblo se pagan con una muerte cruenta. El recuerdo del reinado de Ajab y Jezabel permaneció vivo durante siglos, según podemos ver por su inclusión en la Historia Deuteronomista —recopilada más de doscientos años después de su muerte—. Sin embargo, la narración bíblica está tan llena de incoherencias y anacronismos y muestra tan obviamente la influencia de la teología de los autores del siglo VII a. de C. que debe considerarse más una novela histórica que una crónica histórica precisa. Una de esas incoherencias, el relato de la invasión de

Samaria por Benadad de Damasco, no se produjo durante el reinado de Ajab, sino en una fecha posterior de la historia del reino del norte. La mención de una alianza de Israel con un rey anónimo edomita es también un anacronismo, pues no hay testimonios de la existencia de una monarquía en Edom hasta más de un siglo después de la época de los omritas. En realidad, si prescindimos de los anacronismos y los relatos de amenazas pronunciadas y profecías cumplidas, el material histórico verificable que queda en la narración bíblica es escaso, a excepción de la serie de reyes israelitas, algunos de sus proyectos constructivos más famosos y los lugares genéricos de su actividad militar.

Por suerte, existen —por primera vez en la historia de Israel— algunas importantes fuentes externas de información histórica que nos permiten ver a los omritas desde una perspectiva diferente: como soberanos militarmente poderosos de uno de los Estados más fuertes de Oriente Próximo. La clave de esta nueva interpretación es la aparición súbita de inscripciones monumentales que aluden directamente al reino de Israel. La primera mención del reino del norte en tiempos de los omritas no es casual. El avance del imperio asirio hacia el oeste desde sus tierras originarias de Mesopotamia —un imperio con una burocracia plenamente desarrollada y una larga tradición de registro de los actos de sus gobernantes en declaraciones públicas— influyó profundamente en la cultura de Estados como Israel, Aram y Moab, que estaban cristalizando por esas fechas. A partir del siglo ix a. de C., disponemos por fin de algunos testimonios de primera mano sobre sucesos y personalidades descritos en el texto bíblico y que aparecen en los documentos de los propios asirios y en los de potencias menores de Oriente Próximo.

En tiempos de David y Salomón, la organización política de la región no había alcanzado todavía la fase de existencia de amplias burocracias e inscripciones monumentales. En la época de los omritas, un siglo más tarde, ciertos procesos económicos internos y presiones políticas del exterior habían dado lugar en Levante a la aparición de Estados nacionales territoriales plenamente desarrollados. En un sentido antropológico, la *expresión plenamente desarrollados* implica la existencia de un territorio gobernado por una organización burocrática compleja capaz de organizar proyectos constructivos de envergadura, mantener un ejército en armas y desarrollar contactos comerciales organizados con regiones vecinas. Un territorio así será capaz de guardar información de sus acciones en archivos e inscripciones monumentales a la vista del público. En el siglo ix y en fechas posteriores se registraron acontecimientos políticos importantes en inscripciones monumentales desde la perspectiva de los distintos reyes. Esas inscripciones son fundamentales para determinar fechas precisas y personajes mencionados en la Biblia. Y ofrecen, para todos aquellos que conozcan la versión bíblica, un cuadro inesperado de la extensión y el poderío del reino de Israel.

Una de las más importantes es la estela de Mesa, hallada en 1868 en la superficie del remoto tell de Dhiban, en el sur del Jordán, al este del mar Muerto —emplazamiento de la Dibón bíblica, capital

del reino de Moab—. Esta inscripción monumental quedó gravemente deteriorada por las disputas entre exploradores europeos rivales y beduinos locales, pero los fragmentos conservados han sido ensamblados y nos ofrecen el texto extrabíblico más largo, de momento, hallado hasta ahora en el Levante. Está escrito en lengua moabita, un idioma estrechamente emparentado con el hebreo bíblico, y recoge las hazañas del rey Mesa, que conquistó los territorios al norte de Moab y estableció su capital en Dibón. El descubrimiento de esta inscripción provocó una gran conmoción en el siglo xix, pues el nombre de Mesa se menciona en 2 Reyes 3 como un vasallo rebelde del reino septentrional de Israel.

En la estela aparece por primera vez la otra cara del relato, la primera descripción no bíblica de los omritas hallada hasta el momento. Los sucesos registrados en la inscripción ocurrieron en el siglo ix a. de C., cuando, según su fragmentario texto, «Omri [era] rey de Israel y oprimió a Moab durante muchos días... Y su hijo le sucedió y también él dijo: "Humillaré a Moab". Así habló en mis días... Y Omri se había apoderado de la tierra de Medeba. Y residió en ella durante sus días, y la suma de los días de su hijo fue de cuarenta años».

La inscripción continúa relatando cómo Mesa extendió progresivamente su territorio sublevándose contra Israel y destruyendo los principales asentamientos israelitas al este del Jordán, mientras fortificaba y embellecía su propia capital. Aunque Mesa apenas disimula su desprecio por Omri y su hijo Ajab, su inscripción triunfal nos permite saber, no obstante, que el reino de Israel llegaba por el este y el sur más allá de su antiguo territorio originario, en las serranías centrales.

La inscripción de la «Casa de David», descubierta en la ciudad bíblica de Dan en 1993, nos informa, asimismo, sobre los conflictos con Aram-Damasco. Aunque en los fragmentos recuperados hasta ahora no se ha descubierto el nombre del monarca que la erigió, hay pocas dudas, por el contexto general, de que se trata del poderosa Jazael, rey de Aram-Damasco. Jazael aparece mencionado en la Biblia en varias ocasiones, en particular como instrumento de Dios para humillar a la casa de Omri. Al parecer, según la inscripción, Jazael tomó la ciudad de Dan y erigió allí una estela triunfal en 835 a. de C., aproximadamente. La inscripción recoge las palabras del victorioso Jazael en su colérica acusación: «El rey de I[s]rael había entrado previamente en la tierra de mi padre». Como la inscripción mencionaba, según parece, el nombre de Jorán, hijo y sucesor de Ajab, la consecuencia es clara. Bajo los omritas, el reino de Israel se extendía desde las cercanías de Damasco, a través de todas las tierras altas y valles centrales de Israel, hasta llegar a los territorios meridionales de Moab, y dominaba así un considerable número de poblaciones no israelitas.

Este «imperio» omrita disponía también, según se nos dice, de una poderosa fuerza militar. Aunque la crónica bíblica de la dinastía omrita hace hincapié en los reiterados desastres militares —y no menciona para nada una amenaza desde Asiria—, hay algunos testimonios impresionantes del poder de los omritas procedentes de la propia Asiria. Salmanasar III, uno de los principales reyes asirios, que gobernó en los años 858-824 a. de C., nos ofrece, probablemente, uno de los elogios más claros (aunque totalmente impremeditado) del poder de la dinastía omrita. En el año 853 a. de C., Sal-

manasar dirigió hacia el oeste una importante fuerza invasora asiria con el fin de intimidar y, posiblemente, conquistar los pequeños Estados de Siria, Fenicia e Israel. En su avance, sus ejércitos se enfrentaron a una coalición antiasiria cerca de Karkar, en el río Orontes, al oeste de Siria. Salmanasar alardeó de su gran victoria en un importante texto antiguo conocido como la Inscripción Monolítica, hallada en la década de 1840 por el explorador inglés Austen Henry Layard en el antiguo emplazamiento asirio de Nimrod. El monumento, de piedra oscura, con una apretada inscripción en caracteres cuneiformes, enumeraba ufano las fuerzas alineadas contra Salmanasar: «1.200 carros, 1.200 jinetes, 20.000 infantes de Jadedezer de Damasco; 700 carros, 700 jinetes y 10.000 infantes de Irhuleni de Jamat; 2.000 carros y 10.000 infantes de Ajab, el israelita; 500 soldados de Que, 1.000 de musri, 10 carros y 10.000 soldados de Irqanata...».

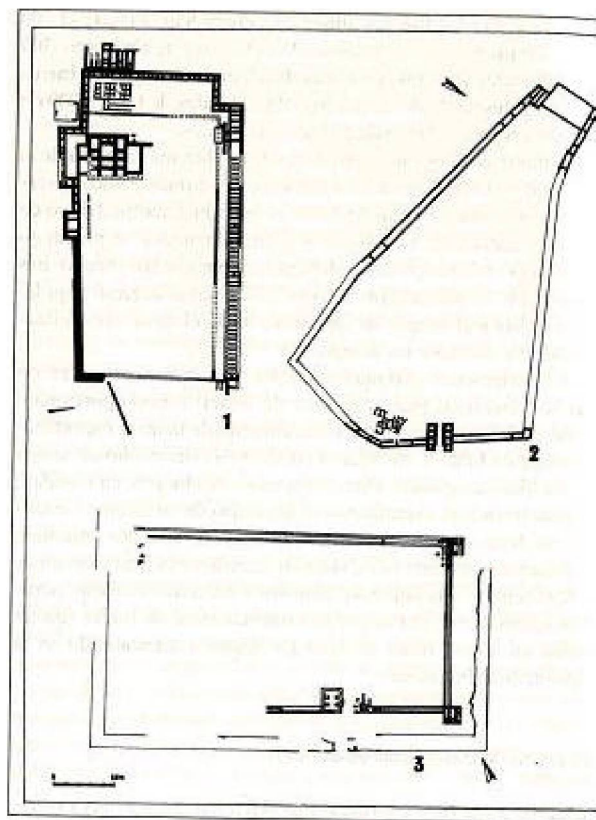
El testimonio no es sólo la prueba extrabíblica más antigua de la existencia de un rey de Israel; la mención de «armas pesadas» (carros) evidencia también que Ajab era el miembro más poderoso de la coalición antiasiria. Y, aunque el gran Salmanasar se proclamó vencedor, el resultado práctico del enfrentamiento fue mucho más elocuente que la presunción del rey. Salmanasar regresó rápidamente a Asiria y el avance de los asirios hacia el oeste quedó interrumpido, al menos por un tiempo.

Tres inscripciones antiguas (que, por una ironía, proceden de tres de los enemigos más acérrimos de Israel) nos proporcionan, asimismo, una información que complementa de manera espectacular la narración bíblica. Aunque la Biblia habla del asedio de Samaria por un ejército arameo, Omrí y sus sucesores fueron, en realidad, reyes poderosos que extendieron el territorio de su reino y mantuvieron, sin duda, uno de los mayores ejércitos de la región. Además, en un esfuerzo constante por conservar su independencia frente a rivales regionales y a la amenaza inminente del imperio asirio, participaron intensamente en la política internacional de poder (en un momento en que el reino de Judá no aparecía mencionado en la inscripción de Salmanasar).

Palacios, caballerizas y ciudades almacén

Las pruebas arqueológicas revelan también que los omritas superaron con mucho a cualquier otro monarca de Israel o Judá como constructores y administradores. En cierto sentido, la primera Edad de Oro de los reyes israelitas fue la suya. Sin embargo, la descripción bíblica del reino omrita es muy esquemática. Si exceptuamos la mención de unos fastuosos palacios de Samaria y Yezrael, no hay casi referencias al tamaño, proporciones y opulencia de su reinado. A comienzos del siglo XX, la arqueología empezó a hacer algunas aportaciones significativas con las importantes excavaciones emprendidas en el emplazamiento de Samaria, capital de Omrí. Difícilmente se puede dudar de que Samaria fue construida, de hecho, por este monarca, pues fuentes asirias posteriores llaman al reino del norte «la casa de Omrí», lo que indica que fue el fundador de su ca-

Figura 20. Planos de tres yacimientos omritas: 1) Samaria; 2) Jasor, 3) Yezrael. Los planos están dibujados a la misma escala. *Números 1 y 2, por cortesía del profesor Zeev Herzog, Universidad de Tel Aviv.*



pital. El yacimiento, excavado por primera vez por una expedición de la Universidad de Harvard en 1908-1910, fue explorado más a fondo en la década de 1930 por un equipo conjunto norteamericano, británico y judío-palestino. Aquel yacimiento puso todavía más de manifiesto el esplendor de la dinastía omrita.

Actualmente, el yacimiento de Samaría sigue siendo impresionante. Situado en un paisaje de colinas suavemente onduladas plantadas de olivos y almendros, domina una rica región agrícola. El descubrimiento de algunos fragmentos de cerámica, unos cuantos muros y varias instalaciones talladas en la roca indicaba que ya había estado habitado antes de la llegada de Omrí; en aquel lugar había habido, al parecer, una aldea israelita de pocos recursos o una granja en los siglos XI y X. Pudo haber sido, quizá, la heredad de Sémer, el dueño original de la propiedad mencionada en 1 Reyes 16:24. En cualquier caso, con la llegada de Omrí y su corte en torno a 880 a. de C., los edificios de la granja fueron derruidos y en lo alto de la colina se alzó un opulento palacio con edificios auxiliares para sirvientes y personal de la corte.

Parece ser que Samaría fue concebida desde un primer momento como la capital personal de la dinastía omrita. Fue la manifestación arquitectónica más grandiosa de los reinados de Omrí y Ajab (Figura 20:1, p. 200). Sin embargo, al estar situada en lo alto de una colina, no era el lugar ideal para una residencia real de grandes dimensiones.

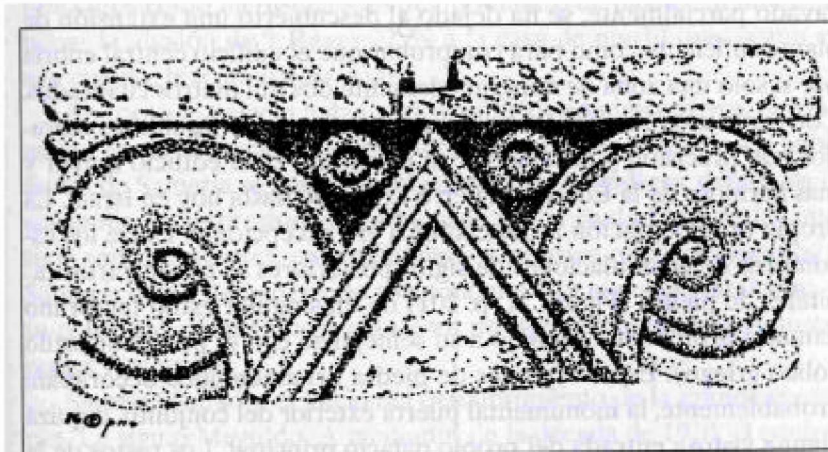


Figura 21. Capitel protoeólico. Por cortesía de la Sociedad de Exploración de Israel.

La solución de los constructores al problema consistió en realizar labores masivas de movimiento de tierras —una innovación audaz en el Israel de la Edad del Hierro— para crear sobre la cima una colosal plataforma artificial. En torno a la colina se levantó un muro enorme (construido a base de cubículos conectados o casamatas) que ence-

rraba la cumbre y la parte alta de las pendientes en el marco de un extenso recinto rectangular. Una vez concluido este muro de contención, las cuadrillas de trabajadores rellenaron el interior con miles de toneladas de tierra acarreadas de las proximidades.

La escala del proyecto era enorme. El relleno de tierra acumulado tras el muro de contención tenía en algunos lugares casi seis metros de espesor. Ésa fue, probablemente, la razón de que el muro de cercamiento que rodeaba y sustentaba el complejo de edificios del palacio se construyera con la técnica de casamatas: las cámaras de las casamatas (re llenas también de tierra) estaban destinadas a aliviar la inmensa presión del relleno. De ese modo se creó una acrópolis real de dos hectáreas. Aquella inmensa construcción de piedra y tierra sólo se puede comparar por su audacia y extravagancia (aunque, quizá, no por su tamaño) con la obra realizada casi mil años después por Herodes el Grande en la Montaña del Templo de Jerusalén.

En uno de los lados de la plataforma artificial se alzaba un palacio excepcionalmente grande y hermoso que competía por su escala y magnificencia con los palacios contemporáneos de los Estados del norte de Siria. Aunque el palacio omrita de Samaría sólo ha sido excavado parcialmente, se ha dejado al descubierto una extensión de planta suficiente como para comprobar que el edificio central cubría por sí solo una zona de aproximadamente dos mil metros cuadrados. Con sus muros exteriores contruidos enteramente de sillares labrados con precisión y encajados con exactitud, es el edificio mayor y más hermoso de la Edad del Hierro excavado hasta hoy en Israel. La propia ornamentación arquitectónica era excepcional. Entre los escombros de acumulaciones de siglos posteriores se encontraron capiteles de piedra (Figura 21, p. 201) de un singular estilo temprano llamado protoeólico (debido a su semejanza con el posterior estilo eólico griego). Estos capiteles de piedra ornamentados decoraban, probablemente, la monumental puerta exterior del conjunto, o quizá alguna vistosa entrada del propio palacio principal. Los restos de la decoración interior son escasos, a excepción de varias placas de marfil talladas con un diseño intrincado que datan probablemente del siglo vin a. de C. y presentan motivos siriofenicios y egipcios. Los marfiles, utilizados como incrustaciones del mobiliario de palacio, podían explicar la alusión de 1 Reyes 22:39 a la casa de marfil que, según se nos cuenta, hizo construir Ajab.

En torno al palacio había varios edificios administrativos, pero la mayor parte del recinto se dejó libre. Las sencillas casas de los habitantes de Samaría se apiñaban, al parecer, en las laderas, debajo de la acrópolis. La impresión visual causada por la ciudad real de los omritas sobre visitantes, comerciantes y emisarios oficiales llegados a Samaría debió de haber sido sorprendente. Su elevada plataforma y su complejo e inmenso palacio eran un signo elocuente de riqueza, poder y prestigio.

Samaría fue sólo el inicio del descubrimiento de la grandeza omrita. Le siguió Megiddo. A mediados de la década de 1920, el equipo de la Universidad de Chicago desenterró un palacio de la Edad del Hierro

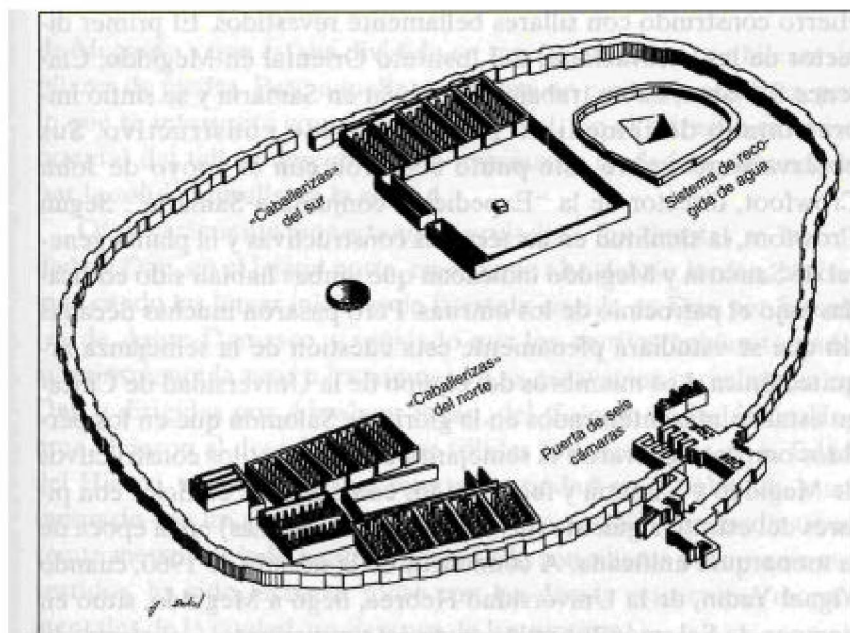


Figura 22. Megiddo en el siglo VII a.C. La puerta de seis cámaras (atribuida por Yadin a un nivel «salomónico») pertenece con suma probabilidad a ese estrato. Por cortesía del profesor David Ussishkin, Universidad de Tel Aviv.

Hierro construido con sillares bellamente revestidos. El primer director de las excavaciones del Instituto Oriental en Megiddo, Clarence S. Fisher, había trabajado también en Samaría y se sintió impresionado de inmediato por el parecido constructivo. Sus observaciones sobre este punto contaron con el apoyo de John Crowfoot, director de la "Expedición conjunta a Samaría". Según Crowfoot, la similitud en las técnicas constructivas y la planta general de Samaría y Megiddo indicaban que ambas habían sido edificadas bajo el patrocinio de los omritas. Pero pasaron muchas décadas sin que se estudiara plenamente esta cuestión de la semejanza arquitectónica. Los miembros del equipo de la Universidad de Chicago estaban más interesados en la gloria de Salomón que en los pérfidos omritas; ignoraron la semejanza entre los estilos constructivos de Megiddo y Samaría y fecharon los conjuntos de edificios con pilares del estrato siguiente (las supuestas caballerizas) en la época de la monarquía unificada. A comienzos de la década de 1960, cuando Yigael Yadin, de la Universidad Hebrea, llegó a Megiddo, situó en tiempos de Salomón los palacios de este yacimiento —el excavado en la década de 1920 y el descubierto por él mismo— y vinculó a la era de los omritas el nivel más tardío que contenía las caballerizas y otras estructuras.

Aquella ciudad era realmente impresionante (Figura 22, p. 203). Estaba rodeada por una sólida fortificación y, según Yadin, disponía de una gran puerta de entrada a la ciudad con cuatro cámaras (construida directamente encima de la anterior puerta «salomónica»). La característica más destacada del interior de la ciudad eran dos conjuntos de edificios con pilares, identificados mucho antes como caballerizas. Sin embargo, Yadin no los relacionó con las descripciones bíblicas del gran ejército de carros de Salomón, sino con el de Ajab, mencionado en la inscripción de Salmanasar. Pero, según veremos, Yadin no había identificado correctamente la ciudad de Ajab; aquellas caballerizas pertenecían, probablemente, a otro rey israelita aún más tardío.

La ciudad norteña de Jasor, excavada por Yadin en las décadas de 1950 y 1960, proporcionó pruebas adicionales evidentes del esplendor de los omritas. Jasor estaba rodeada también por una sólida fortificación. En el centro de la ciudad, Yadin sacó a la luz un edificio con pilares cuya forma guardaba cierto parecido con las caballerizas de Megiddo y que estaba dividido en tres largas naves por hileras de pilares de piedra. Pero aquella estructura no contenía pesebres, por lo que se interpretó como un almacén real. En el estrecho extremo oriental del tell se descubrió una imponente ciudadela circundada por la sólida muralla de la ciudad.

Otro yacimiento importante vinculado a los omritas es la ciudad de Dan, en el lejano norte, en el curso alto del río Jordán. Ya hemos citado las líneas iniciales de la estela erigida en Dan por Jazael, rey de Aram-Damascos, y señalado que los omritas habían tomado anteriormente la zona a los árameos. Las excavaciones realizadas en Dan y dirigidas por Abraham Biran, del Colegio de la Unión Hebrea, dejaron al descubierto unas sólidas fortifi-

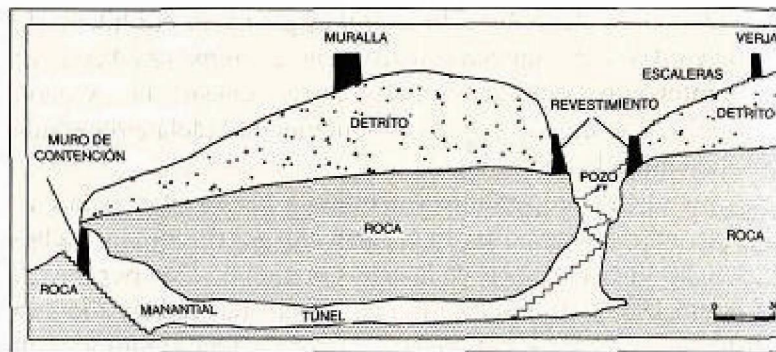
caciones de la Edad del Hierro, una descomunal puerta de ciudad muy trabajada y un santuario con un altar al aire libre. Este gran podio, que medía unos veinte metros de lado y estaba construido con sillares bellamente revestidos, ha sido fechado, junto con las demás estructuras monumentales de la ciudad, en tiempos de los omritas.

Sin embargo, los logros de ingeniería más impresionantes, relacionados inicialmente con los omritas, son los enormes túneles subterráneos para la toma de agua excavados en el lecho de roca, debajo de las ciudades de Megiddo y Jasor. Aquellos túneles proporcionaban a sus habitantes un acceso seguro al agua potable incluso en épocas de asedio. Se trataba de un reto fundamental en el antiguo Oriente Próximo, pues, aunque las ciudades importantes estaban circundadas por complejas fortificaciones que les permitían resistir un ataque o un asedio realizado incluso por enemigos sumamente decididos, raras veces disponían intramuros de una fuente de agua corriente. Los habitantes tenían siempre la posibilidad de recoger agua de lluvia en cisternas, pero, cuando el sitio se prolongaba durante los meses cálidos y secos del verano —sobre todo si la población de la ciudad había aumentado por la afluencia de refugiados—, esa agua habría sido insuficiente.

Dado que la mayoría de las ciudades antiguas se hallaban cerca de algún manantial, el reto consistía en idear un acceso seguro hasta él. Los túneles de Jasor y Megiddo, abiertos en la roca, son algunos de los remedios más complejos para dar solución a este problema. En Jasor, un largo pozo vertical atravesaba los restos de ciudades anteriores hasta penetrar en la roca firme del subsuelo. Debido a su enorme profundidad, de casi treinta metros, hubo que construir muros de contención para evitar que se hundiera. Unos escalones anchos llevaban al fondo, donde un túnel en pendiente de unos veinticuatro metros de longitud conducía hasta una cámara a modo de alberca tallada en la roca en la que se filtraban las aguas freáticas. Podemos imaginar una procesión de aguadores bajando en fila india por las escaleras y recorriendo el túnel subterráneo para llenar sus cántaros en la oscura caverna y volver a salir a las calles de la ciudad sitiada con agua para mantener en vida a sus habitantes.

El sistema de captación de agua construido en Megiddo (Figura 23, p. 206) consistía en un pozo algo más sencillo de unos treinta y cinco metros de profundidad, que atravesaba los antiguos restos hasta llegar al lecho de roca. Desde allí se prolongaba en un túnel horizontal de más de sesenta metros de longitud lo bastante ancho y alto como para permitir el avance simultáneo de varias personas y que conducía hasta la fuente natural de una gruta situada en un extremo del tell. La entrada a la gruta desde el exterior estaba cerrada y camuflada. Yadin fechó los dos sistemas de aprovisionamiento de agua de Megiddo y Jasor en la época de los omritas y propuso relacionar la pericia de los israelitas para tallar sistemas de recogida de agua en la roca con un pasaje de la estela de Mesa en el que el rey de Moab explicaba cómo excavó un depósito de agua en su propia capital con la ayuda de prisioneros de guerra de Israel. Era evidente que la cons-

trucción de aquellas instalaciones monumentales requería una inversión enorme y una eficaz organización estatal —además de un alto nivel de destreza técnica—. Los ingenieros de la Edad del Hierro podrían haber conseguido, quizá, un resultado similar desde un punto de vista funcional con un esfuerzo mucho menor, excavando sencillamente un pozo hasta la capa freática debajo del tell. Sin embargo, la impresión visual causada por aquellas grandes instalaciones de suministro de agua realzaban, sin duda, el prestigio de la autoridad real que la había encargado.



Un momento crítico olvidado en la historia israelita

Aunque los arqueólogos de comienzos y mediados del siglo xx atribuyeron a los omritas un gran número de espléndidos proyectos constructivos, la época de su dominio en el reino de Israel no se consideró nunca un momento especialmente formativo en la historia bíblica. Fue un periodo pintoresco; también estuvo, por supuesto, lleno de vitalidad. Pero, desde un punto de vista puramente histórico, la crónica de los omritas —el relato de Ajab y Jezabel— parecía estar explicada en la Biblia con el detalle preciso, además de contar con el apoyo de la información proporcionada por textos asirios, moabitas y arameos. En cambio, se tenía la impresión de que las excavaciones y posteriores estudios darían respuesta a muchas otras cuestiones históricas más fascinantes: el proceso exacto del asentamiento de los israelitas, la cristalización política de la monarquía bajo David y Salomón o, incluso, las causas subyacentes de las conquistas finales por Asiria y Babilonia en la tierra de Israel. La arqueología omrita se solía considerar una mera anécdota en el proyecto principal de la arqueología bíblica y se le prestaba menos atención que al periodo salomónico.

Pero en esa correlación inicial entre la historia bíblica y los descubrimientos arqueológicos había algún error grave. Las nuevas cuestiones que comenzaron a plantearse acerca de la naturaleza, amplitud e, incluso, existencia histórica del extenso reino de Salomón —y la nueva datación de los estratos arqueológicos— afectaron también inevitablemente a la interpretación académica de los omritas.

En efecto, si Salomón no había construido en realidad las puertas y los palacios «salomónicos», ¿quién lo había hecho? Los candidatos más obvios eran los omritas. Los primeros paralelos arquitectónicos de los característicos palacios descubiertos por las excavaciones realizadas en Megiddo (y atribuidos inicialmente a Salomón) se hallaron en el norte de Siria —el supuesto lugar de origen de ese tipo de construcciones— en el siglo IX a. de C, ¡todo un siglo después de la época de Salomón! Ése era precisamente el periodo del reinado de los omritas.

La clave decisiva para una nueva datación de las puertas y los palacios «salomónicos» la proporcionó el yacimiento bíblico de Yezrael, a unos quince kilómetros al este de Megiddo, en el corazón del valle del mismo nombre. El emplazamiento se halla en un punto bellamente elevado y que disfruta de un clima suave en invierno y una brisa fresca en verano y domina un amplio panorama de todo el valle de Yezrael y las colinas que lo rodean, desde Megiddo, al oeste, hasta Beisán y Galad, al este, pasando por Galilea, en el norte. Yezrael es famoso sobre todo por el relato bíblico de la viña de Nabot y los planes de Ajab y Jezabel de ampliar su palacio, y como escenario de la liquidación sangrienta y definitiva de la dinastía omrita. El yacimiento fue excavado en la década de 1990 por David Ussishkin, de la Universidad de Tel Aviv, y John Woodhead, de la British School of Archeology de Jerusalén. Ambos sacaron a la luz un gran recinto regio, muy similar al de Samaría (Figura 20:3). Aquel impresionante conjunto constructivo estuvo ocupado sólo durante un breve periodo del siglo IX a. de C. —probablemente durante el remado de la dinastía omrita— y fue destruido poco después de su construcción, quizá por algún motivo relacionado con la caída de los omritas o las posteriores invasiones del norte de Israel por los ejércitos de Aram- Damasco.

Al igual que en Samaría, un enorme muro de casamatas levantado en torno a la colina original de Yezrael formaba una «caja» que se rellenaría con muchas toneladas de tierra. El resultado del relleno a gran escala y las operaciones de nivelación fue la creación de un podio plano sobre el cual se erigieron las estructuras interiores del complejo constructivo real. En Yezrael, los arqueólogos descubrieron otros elementos llamativos de un estilo arquitectónico omrita desconocido hasta entonces. Un terraplén de tierra en pendiente sostenía por la parte exterior el muro de casamatas para impedir que se derrumbara. Como elemento defensivo adicional, el conjunto estaba circundado por un formidable foso de, al menos, siete metros y medio de anchura y más de cuatro y medio de profundidad excavado en el lecho de roca. La entrada al recinto real omrita de Yezrael estaba provista de una puerta, probablemente de las del tipo de seis cámaras.

Como la ocupación de Yezrael se limitó cronológicamente a un periodo breve del siglo IX a. de C., constituía un caso único para utilizar los estilos característicos de cerámica hallados en su interior como indicador claro del periodo omrita en otros yacimientos. Es significativo que los estilos de cerámica descubiertos en el recinto de Yezrael fueran casi idénticos a los encontrados en el nivel de los palacios «salomónicos» de Megiddo. Iba siendo, pues, muy evidente que, tanto desde el punto de vista de la arquitectura como desde el

de la cerámica, los constructores de los edificios de sillares de Megiddo, además de los complejos de edificios de Yezrael y Samaría, habían sido los omritas—y no Salomón.

La hipótesis de que los omritas, y no Salomón, instituyeron la primera monarquía israelita plenamente desarrollada resultó más convincente al contemplar con una nueva mirada los testimonios hallados en otras ciudades importantes del reino de Israel. En Jasor, Yadin había identificado sobre la acrópolis un conjunto de edificaciones triangular —rodeado por un muro de casamatas y al que se accedía a través de una puerta de seis cámaras— como la ciudad fundada por Salomón en el siglo X a. de C. La nueva datación de la cerámica en función de los descubrimientos realizados en Yezrael situaría ese nivel de la ciudad a comienzos del siglo IX a. de C. De hecho, existía un parecido estructural inconfundible con el complejo de construcciones palaciegas de Samaría y Yezrael (Figura 20,2). Aunque la forma triangular del conjunto de Jasor estaba determinada por la topografía del emplazamiento, su construcción requirió una nivelación masiva y una operación de relleno que elevaron el nivel de la zona de la puerta en relación con la exterior por su parte oriental. En la parte exterior del muro de casamatas se excavó un foso colosal de cuarenta y seis metros de anchura y más de nueve de profundidad, según cálculos. La semejanza estructural general con Yezrael y Samaría resulta clara. Así, otra ciudad considerada salomónica durante mucho tiempo es probablemente omrita.

Un análisis más minucioso de los restos de Megiddo y Guézer evidencia la amplitud de los proyectos constructivos omritas. Aunque Megiddo no presenta construcciones de casamatas, los dos hermosos palacios de lo alto de la colina, edificados con sillares característicos recuerdan las técnicas constructivas utilizadas en Samaría (Figura 24). El parecido es especialmente grande en el caso del palacio más meridional de Megiddo, construido en el extremo de un gran patio al estilo de los palacios *bit hilani*, como los del norte de Siria, y que ocupa una superficie de unos veinte metros por treinta. Cerca de la puerta que lleva al conjunto palaciego se encontraron dos capiteles protoeólicos (como los empleados en Samaría) de dimensiones excepcionales que podrían haber decorado la entrada al propio palacio. Norma Frankiín, miembro de la actual expedición de Megiddo, reconoció otra semejanza: el palacio meridional de Megiddo y el de Samaría son los únicos edificios levantados en Israel en la Edad del Hierro cuyos sillares comparten un tipo específico de marcas de cantero. Un segundo palacio, parcialmente descubierto por Yadin en el extremo norte del tell —y que actualmente ha sido desenterrado por completo por la nueva expedición de Megiddo—, está construido también con sillares según el estilo palaciano del norte de Siria.

Las pruebas de Guézer son, quizá, las más fragmentarias de todas las supuestas ciudades salomónicas, pero se han hallado en número suficiente como para indicar una semejanza con los demás emplazamientos omritas. En el extremo sur del yacimiento se descubrió una puerta de seis cámaras construida de mampostería fina, con sillares en las jambas y unida a una muralla de casamatas. La construcción de la puerta y el muro de ca-

samatas llevaba aparejada la nivelación de una terraza en la pendiente de la colina y el transporte de un relleno masivo. Además, varios fragmentos de muros hacen pensar que en el lado noroeste del tell se construyó un gran edificio, posiblemente un palacio de sillares, que también pudo haber estado decorado con los característicos capiteles protoeólicos hallados en Guézer a comienzos del siglo XX.

Estos cinco yacimientos nos ofrecen un atisbo de la arquitectura real de la Edad de Oro omrita en Israel. Además de las plataformas artificiales para conjuntos palaciegos de distintos tamaños y escalas, estos complejos constructivos —al menos los de Samaria, Yezrael y Jasor— parecen haber estado deshabitados en gran parte, a excepción de los edificios admi-

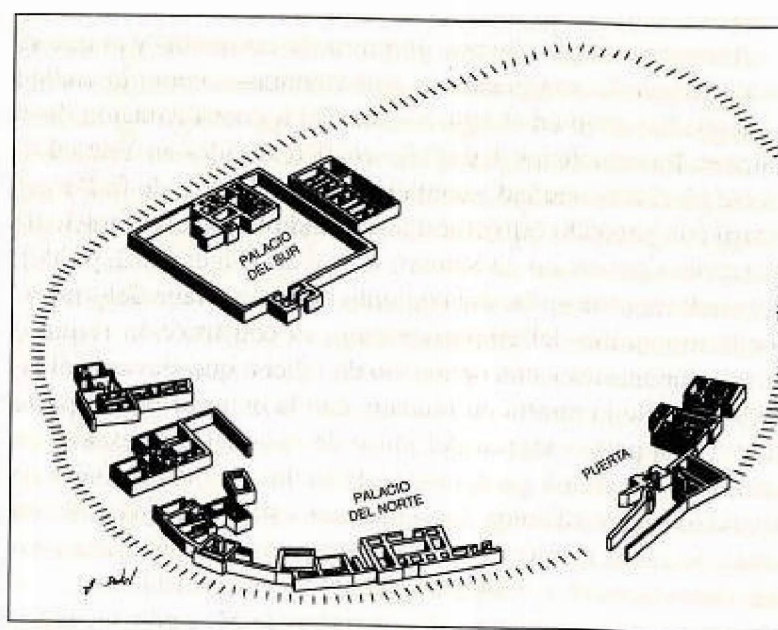


Figura 24. La ciudad omrita de Megiddo.

nistrativos especializados y los palacios reales. Los sillares bien tallados y los capiteles protoeólicos eran elementos decorativos característicos de esos emplazamientos. La entrada principal al conjunto de edificios reales parece haber estado guardada por puertas de seis cámaras y, en algunos casos, los complejos constructivos estaban circundados por un foso y un glacis.¹¹

La nueva datación de esas ciudades, que pasan de la época de Sa-

¹¹ En la actualidad se han puesto en duda las fechas de los sistemas de recogida de agua, que podrían guardar relación con un periodo posterior de la historia del reino de Israel. No obstante, su inexistencia en aquel momento no menoscaba la grandeza de la red de ciudades reales, planificadas, al parecer, de forma centralizada y construidas a lo largo del siglo IX a. de C.

lomón al tiempo de los omritas, tiene consecuencias enormes para la arqueología y la historia. Da al traste con la única prueba arqueológica de la existencia de una monarquía unificada con su centro en Jerusalén e indica que, desde un punto de vista político, David y Salomón fueron poco más que caudillos tribales de la serranía cuyo alcance administrativo no superó un ámbito bastante local, limitado al territorio montaños. Y, lo que es más importante, la nueva datación demuestra que, a comienzos del siglo IX a. de C., surgió en el norte un reino de tipo absolutamente convencional en las tierras altas de Oriente Próximo, a pesar de la insistencia de la Biblia en la singularidad de Israel.

¿Un monumento olvidado del dominio omrita?

En la actualidad es posible buscar nuevos ejemplos de ciudades omritas en lugares más distantes, lejos de los lotes tradicionales tribales heredados por Israel. La estela de Mesa informaba de que Omrí había construido dos ciudades en Moab, Atarot y Yahaz, probablemente para servirle de fuertes fronterizos en el sur, en Transjordania (Figura 16, p. 153). Ambas aparecen mencionadas en varias listas geográficas de la Biblia; Atarot ha sido identificada con el yacimiento todavía no excavado de Khirbet Atarus, al sudoeste de la moderna ciudad jordana de Madaba. Yahaz es más difícil de identificar. Se menciona pocas veces en la Biblia, donde se dice que está situada en el borde del desierto, junto al Arnón, el profundo y serpenteante cañón que corre a través del interior de Moab —desde el desierto del este hasta su salida en el mar Muerto—. Los omritas extendieron, al parecer, su gobierno hasta esa región. Y en la orilla norte del Arnón hay una remota ruina de la Edad del Hierro, llamada Khirbet el-Mudayna, que presenta todas las características típicas de la arquitectura omrita tal como las hemos descrito.

El yacimiento, excavado actualmente por P. M. Michéle Daviau, de la universidad canadiense Wilfrid Laurier, está compuesto por una gran fortaleza construida sobre una colina alargada. Un muro de casamatas cierra una superficie de algo más de una hectárea a la que se accede por una puerta de seis cámaras. Un terraplén de tierra en pendiente y un foso forman parte de sus elementos defensivos. Dentro del conjunto hay restos de un edificio monumental con sillares derrumbados. Fotografías aéreas del yacimiento indican que todo el conjunto estaba asentado sobre un relleno artificial que formaba una plataforma. Nelson Glueck, explorador pionero de Jordania, que visitó el emplazamiento en la década de 1930, se sintió tan impresionado por las características del complejo constructivo que lo comparó con el inmenso y famoso fuerte inglés de

de Maiden Castie le - vantado sobre una colina en la Edad del Hierro.

¿Es posible que esa ruina remota sea el antiguo puesto de avanzada de Yahaz mencionado en la estela de Mesa? ¿Pudiera ser que, en la construcción de aquel remoto fuerte fronterizo, los ingenieros y arquitectos omritas utilizaran las características típicas de sus grandes proyectos constructivos del reino septentrional al oeste del Jordán? ¿Existe la posibilidad de que, como en el caso de Samaría y Yezrael, recurrieran a operaciones complejas de movimiento de tierras y se sirvieran de enormes muros de contención para convertir un pequeño asentamiento en lo alto de una colina en un fuerte imponente? Quizá los omritas fueron incluso más poderosos —y su influencia cultural tuvo un alcance aún mayor— de lo que se reconoce en la actualidad.¹²

El poder de la diversidad

¿De dónde salieron el poder y la riqueza para establecer y mantener aquel reino completamente maduro? ¿Qué proceso llevó a la aparición del Estado omrita en las serranías del norte? Ya hemos dicho que, con los recursos relativamente limitados y la escasa población de Judá, sería muy improbable que David hubiese podido obtener amplias conquistas territoriales o que su hijo Salomón hubiera estado capacitado para administrar territorios extensos. Pero, según hemos mencionado también, los recursos del territorio serrano del norte eran mucho más ricos, y su población, relativamente mayor. Con la destrucción de los centros cananeos de las tierras llanas, ocurrida posiblemente durante la incursión de Sisac, a finales del siglo X a. de C, cualquier posible hombre fuerte del norte habría podido dominar también los fértiles valles del norte. Ello encaja con lo que podemos observar en las características reveladas por la mayor parte de los restos arqueológicos omritas más notables. Al extenderse desde sus dominios originales del territorio de las serranías del reino septentrional de Israel hacia el corazón del antiguo territorio cananeo, en Megiddo, Jasor y Guézer, y hacia el interior de los territorios del sur de Siria y Transjordania, los omritas hicieron realidad el sueño secular de los soberanos de las colinas de crear un Estado territorial extenso y diverso que controlara unas tierras agrícolas ricas y unas rutas de comercio internacional muy frecuentadas. Aquella sociedad era también —necesariamente— multiétnica.

El reino del norte de Israel unió las tierras altas de Samaría con los valles del norte, e integró dentro de su Estado varios ecosistemas diferentes y una población heterogénea. Las tierras altas de Samaría

¹² Una muestra de la zona de la puerta tratada con carbono 14 fue fechada a finales del siglo IX a. de C. (comunicación personal de la directora de la excavación, Michéle Daviau). El ámbito cronológico posible de esta interpretación no excluye que fuera construida a mediados de dicho siglo. No obstante, no podemos descartar la posibilidad de que las características «omritas» del yacimiento representen una versión moabita de la actividad constructiva en el reino del norte.

—el núcleo territorial del Estado y la sede de la capital— estaban habitadas por comunidades aldeanas que se habrían reconocido cultural y religiosamente como israelitas. En las tierras bajas del norte —los valles de Yezrael y el Jordán—, la población rural estaba compuesta principalmente por pueblos campesinos de vida sedentaria que habían mantenido durante siglos lazos estrechos con las ciudades-Estado cananeas. Más al norte había pueblos más vinculados a la cultura aramea de Siria y a los fenicios de la costa.

En particular, la numerosa y emprendedora población cananea que había resistido en el norte debía ser incorporada a la maquinaria administrativa de cualquier Estado maduro. Aquella singular mezcla demográfica de la población del reino del norte, en especial la relación mantenida entre israelitas y cananeos, atrajo la atención de los biblistas antes incluso de los recientes descubrimientos arqueológicos. Basándose en los relatos bíblicos de la confusión religiosa en el reino omrita, el estudioso alemán Albrecht Alt planteó la hipótesis de que los omritas habían desarrollado desde sus dos principales capitales un sistema de soberanía dual en el que Samaría funcionaba como centro de la población cananea, y Yezrael, como capital de los israelitas del norte. Los recientes hallazgos arqueológicos e históricos indican exactamente lo contrario. La población israelita estaba concentrada, en realidad, en las serranías que rodean Samaría, mientras que Yezrael, en el corazón del fértil valle, se situaba en una región de clara continuidad cananea. De hecho, la notable estabilidad de los modelos de asentamiento y la pervivencia inalterada del trazado de las aldeas del valle de Yezrael son indicios claros de que los omritas no trastocaron el sistema rural cananeo en las tierras bajas del norte.

La tarea de integración política fue especialmente acuciante para los omritas, pues por aquellas mismas fechas estaban surgiendo Estados rivales en las vecinas Damasco, Fenicia y Moab —cada uno de ellos con unas fuertes pretensiones culturales sobre los grupos de población limítrofes con Israel—. Los primeros años del siglo ix fueron, por tanto, el momento en que hubieron de definirse fronteras nacionales e incluso, en cierto sentido, territoriales. Así pues, debemos pensar que la construcción por los omritas de impresionantes conjuntos fortificados, algunos de ellos con barrios palaciales, en el corazón de Israel, en el valle de Yezrael, en la frontera con Aram-Damasco y aún más lejos estuvo al servicio tanto de las necesidades administrativas como de la propaganda monárquica. El biblista británico Hugh Williamson los definió como un despliegue visual del poder y el prestigio del Estado omrita destinado a impresionar, infundir respeto y hasta intimidar a la población propia y a la asentada a lo largo de las nuevas fronteras.

De todos los recursos que los omritas tenían a su disposición, la población heterogénea era, quizá, el más importante —para la agricultura, las actividades constructivas y la guerra—. Aunque es difícil calcular con mucha precisión la población del reino de Israel en el siglo IX, los estudios realizados a gran escala en la región indican que, en el siglo VII a. de C. —cien años después de los omritas—, la población del reino del norte podría haber llegado a unas 350.000 personas. En ese momento, Israel era, segura-

mente, el Estado de mayor densidad demográfica del Levante, con muchos más habitantes que Judá, Moab o Amón. Su único rival posible era el reino de Aram- Damasco, en el sur de Siria, que —según veremos con mayor detalle en el capítulo siguiente— compitió implacablemente con Israel por la hegemonía de la región.

Otras circunstancias favorables que se dieron fuera de la región fueron considerablemente propicias para la suerte del reino omrita. Su ascenso al poder coincidió con el renacimiento del comercio en el Mediterráneo oriental, cuando las ciudades portuarias de Grecia, Chipre y la costa fenicia volvieron a participar con fuerza en el tráfico marítimo. La poderosa influencia artística fenicia en la cultura israelita, la súbita aparición de grandes cantidades de vasijas de estilo chiprofénico en las ciudades del reino de Israel y el testimonio bíblico —nada casual— del matrimonio de Ajab con una princesa fenicia parecen indicar que Israel participó activamente en ese resurgimiento económico como suministrador de valiosos productos agrícolas y dueño de algunas de las rutas más importantes del comercio por tierra en el Levante.

Así, la idea omrita de un Estado que abarcara extensos territorios tanto de las tierras altas como de las bajas fue, en cierto sentido una renovación de las concepciones, prácticas y cultura material del Canaán de la Edad del Bronce en los siglos anteriores al auge de Israel. En realidad, desde puntos de vista conceptuales y funcionales, las grandes ciudades omritas se parecían a las capitales de las grandes ciudades-Estado cananeas del Bronce Reciente que gobernaron sobre un mosaico de pueblos y territorios. Por tanto, desde una perspectiva formal y funcional, la planta que tenía Megiddo en el siglo IX a. de C. no era muy diferente de la que tenía en el Bronce Reciente. Extensas zonas del tell se destinaban a edificios públicos y zonas abiertas, mientras que sólo unas pocas fueron ocupadas por barrios habitados. Como en el caso de la Megiddo cananea, la población urbana estaba compuesta principalmente por la élite gobernante, que controlaba las tierras del interior rural. Una continuidad cultural similar aparece claramente manifiesta en la cercana ciudad de Taanac, donde una plataforma de culto del siglo IX a. de C., magníficamente decorada, muestra complejos motivos inspirados en las tradiciones cananeas del Bronce Reciente.

Ésa es la razón de que, desde un punto de vista estrictamente arqueológico, resulte difícil sostener que el reino de Israel en conjunto fue en algún momento especialmente israelita por sus connotaciones étnicas, culturales o religiosas, tal como las entendemos desde la perspectiva de los posteriores autores bíblicos. La naturaleza israelita del reino del norte fue en muchos sentidos una idea tardía de la monarquía judaíta.

¿El colmo de la villanía?

El único interés del autor de los libros de los Reyes era mostrar la maldad de los omritas y cómo habían recibido el castigo divino merecido con tanta razón por su arrogante y pecaminoso comportamiento. Es evidente que, al hablar de los omritas, debía contar deta-

lles y sucesos bien conocidos a través de relatos populares y tradiciones anteriores, pero, en todas aquellas narraciones, su deseo era resaltar el lado oscuro de la estirpe de Omrí. Así, quitó importancia a su poderío militar con la historia del asedio de Samaría por los árameos, tomada de sucesos ocurridos en fechas posteriores, y con la acusación de que, en un momento de triunfo, Ajab desobedeció la orden divina de aniquilar por completo a su enemigo. El autor bíblico relacionó íntimamente la grandiosidad del palacio de Samaría y el majestuoso complejo constructivo de Yezrael con la idolatría y la injusticia social y vinculó las imágenes del temible poder de los carros de Israel en orden de combate al horrible final de la familia omrita. Deseaba deslegitimar a los omritas y mostrar que toda la historia del reino del norte había sido una historia de pecado que le llevó a la desgracia y a su inevitable destrucción. Cuanto mayor había sido la prosperidad de Israel en el pasado, tanto más despectivo y desfavorable se mostró el autor bíblico con sus reyes.

El auténtico carácter de Israel bajo los omritas entraña una extraordinaria historia de poderío militar, logros arquitectónicos y, hasta donde puede determinarse, complejidad administrativa. Omrí y sus sucesores se ganaron el odio de la Biblia precisamente *por* haber sido tan fuertes, porque habían conseguido transformar el reino del norte en una importante potencia regional que eclipsó totalmente al pobre reino meridional de Judá, insignificante, rural y pastoril. La posibilidad de que los reyes israelitas, que mantenían tratos con otras naciones, se casaban con mujeres extranjeras y construían santuarios y palacios de tipo cananeo, llegaran a prosperar resultaba insoportable e impensable.

Por otra parte, desde la perspectiva del Judá monárquico tardío, el internacionalismo y la actitud abierta de los omritas constituían un pecado. Según la ideología deuteronomista del siglo vn, participar en las formas de vida de los pueblos vecinos era una violación directa del mandato divino. Pero todavía podía aprenderse una lección de aquella experiencia. En el momento de la compilación de los libros de los Reyes, el veredicto de la historia había dado ya la vuelta. Los omritas habían sido derrocados, y el reino de Israel no existía. Ahora, sin embargo, con la ayuda de los datos arqueológicos y el testimonio de fuentes externas, podemos ver cómo los vívidos retratos de las Escrituras que condenaron durante siglos al ridículo y el desprecio a Omrí, Ajab y Jezabel ocultaban hábilmente el carácter auténtico del primer reino verdadero de Israel.